

calibrite

colorchecker classic



CONTRA EL PROYECTO DE LEY DE ASOCIACIONES

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR EL DIPUTADO CARLISTA

D. JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

EN EL

Gran mitin católico celebrado en la Plaza de las Arenas, de Barcelona

EL 20 DE ENERO DE 1907

Y EN LOS

BANQUETES QUE EN SU HONOR TUVIERON LUGAR EN BARCELONA Y MADRID

LOS DÍAS 22 Y 27 DE DICHO MES, RESPECTIVAMENTE

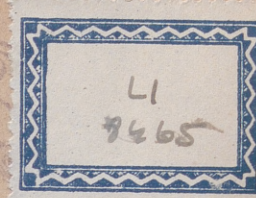
**Precio: 25 céntimos.**

MADRID

IMPRESA DE LA «GACETA DE MADRID»

Calle de Pontejos, núm. 8

1907



R 3283



CONTRA EL PROYECTO DE LEY DE ASOCIACIONES

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR EL DIPUTADO CARLISTA

D. JUAN VAZQUEZ DE MELLA

EN EL

Gran mitin católico celebrado en la Plaza de las Arenas, de Barcelona

EL 20 DE ENERO DE 1907

Y EN LOS

BANQUETES QUE EN SU HONOR TUVIERON LUGAR EN BARCELONA Y MADRID

LOS DÍAS 22 Y 27 DE DICHO MES, RESPECTIVAMENTE

Precio: 25 céntimos.



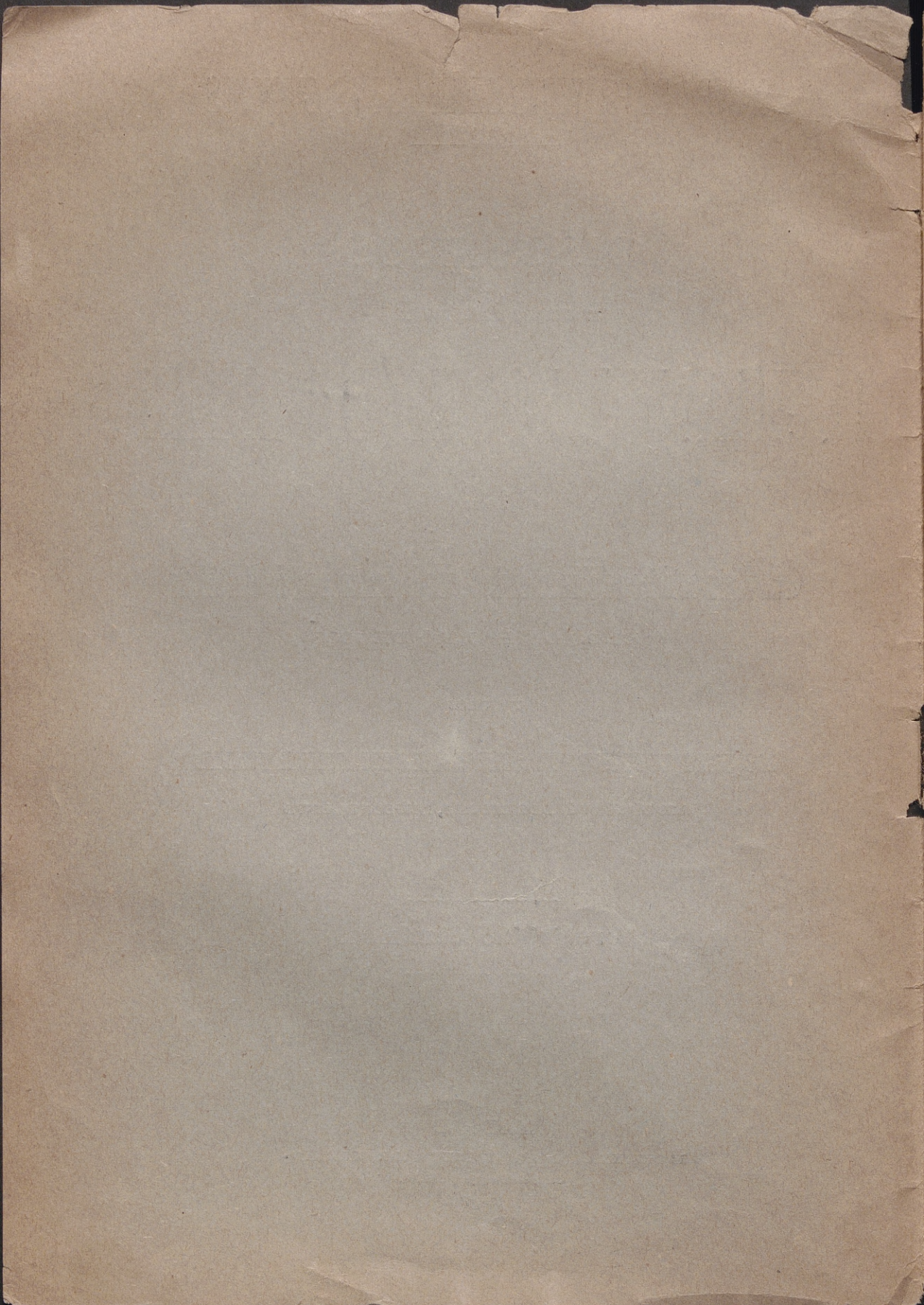
MADRID

IMPRESA DE LA «GACETA DE MADRID»

Calle de Pontejos, núm. 8.

1907







CONTRA EL PROYECTO DE LEY DE ASOCIACIONES

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR EL DIPUTADO CARLISTA

D. JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

EN EL

Gran mitin católico celebrado en la Plaza de las Arenas, de Barcelona

EL 20 DE ENERO DE 1907

Y EN LOS

BANQUETES QUE EN SU HONOR TUVIERON LUGAR EN BARCELONA Y MADRID

LOS DÍAS 22 Y 27 DE DICHO MES, RESPECTIVAMENTE

Precio: 25 céntimos.

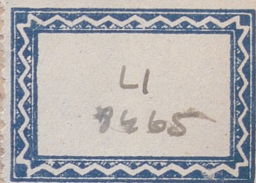
MADRID

IMPRENTA DE LA «GACETA DE MADRID»

Calle de Pontejos, núm. 3

1907

A 3283





~~~~~  
*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*  
~~~~~



## CONTRA EL PROYECTO DE LEY DE ASOCIACIONES

# MITIN CATÓLICO DE BARCELONA

CELEBRADO EL 20 DE ENERO DE 1907

## DISCURSO DEL SR. MELLA

### Saludo á Cataluña.

Señores: Siento profundamente en este instante no poseer la vibrante lengua catalana, aun cuando sepa entenderla y sentirla hasta poder admirar vuestras glorias literarias, para expresar en ella de alguna manera el sentimiento de profunda gratitud por todos estos obsequios y ovaciones que ciertamente no merece quien no es más que un soldado de las filas católicas y regionalistas, que no ha hecho otra cosa que limitarse á cumplir con su deber. (*Aplausos.*)

En los albores de mi juventud pisé la tierra catalana, y en ella recibí por primera vez sufragios, por los cuales moralmente triunfé en el distrito de Valls, y hubiera ostentado entonces la investidura de diputado debida á los votos catalanes si la sinceridad electoral no fuese una palabra vana. Y ahora, después de haber pasado algunos años, después que también nos conocemos, no sólo en el Parlamento, sino fuera de él, en toda tribuna que yo haya ocupado, lo mismo en pueblos de Castilla que en pueblos de Andalucía, ha tenido en mi pobre palabra una entusiasta defensa y en mi corazón un culto ferviente esta región catalana, y especialmente esta hermosa ciudad, reina del Mediterráneo, que á la vez que es orgullo de todos los pueblos peninsulares, es la verdadera Universidad regionalista en la que muchas regiones reciben enseñanzas de una libertad, que habían olvidado. (*Aplausos.*)

### La libertad es cristiana.

Hoy nos reunimos, hoy nos juntamos aquí en esta fiesta, que no es sólo fiesta de la Fe, sino la protesta en favor de la libertad. Tenía razón el Sr. Estanyol en el elocuentísimo discurso que acaba de pronunciar al recordarnos las palabras del gran orador irlandés, que afirmaba la Religión como la base de la libertad; la tenía el sr.ñor Albó cuando decía que había que rescatar la libertad y arrancar al enemigo esa bandera á cuya sombra ha destruido el alcázar del antiguo régimen, del que tenía mucho que aprender, á pesar de sus imperfecciones, porque aún conservaban en el fondo espíritu cristiano las sociedades que caen del lado allá de la Revolución francesa. Los tiranos, al realizar el saqueo de la

civilización cristiana, se apoderaron de los emblemas de la libertad; y al ver á una esclava con esa vestidura, con esa enseña, entre las filas católicas, hubo cierta desconfianza, no por la libertad misma, que es base subjetiva de nuestra moral, que es un dogma de nuestra fe, sino porque al ver á aquella esclava vestida con ropajes de reina podía temerse el engaño, y que los pueblos creyesen verdadera libertad lo que sólo era la tiranía arriba y la servidumbre abajo, ataviadas con un manto que habían usurpado. Pero no por nuestro esfuerzo sino por el esfuerzo mismo de nuestros adversarios, se han rasgado esas vestiduras, apareciendo al descubierto como ahora en Francia, la esclava, y demostrando al mundo que aun aquella libertad que nosotros no queremos aceptar porque siempre resulta ilusoria y que consiste en la igualdad del bien y del mal, que reparte en dos campos el palenque entre los individuos que combaten en nombre de las afirmaciones cristianas, y los que lo hacen en nombre de la duda y la negación revolucionarias, era también mentira. Ellos nos lo han demostrado desde las alturas del Poder, probándonos que en nombre de la libertad de cultos persiguen el culto cristiano, en nombre de la libertad de asociación persiguen á las Asociaciones cristianas, y en nombre de la libertad de enseñanza atentan contra la enseñanza cristiana. La mentira se ha mentido á sí misma y se ha mostrado á la multitud en todos los pueblos, y singularmente en los latinos, con su fisonomía natural; y ahora ya nadie puede engañarse, porque á nadie es lícito creer en la hora presente que en el liberalismo está la libertad, no: en el liberalismo está la tiranía, su audacia ha roto la hipocresía, hemos rescatado esa libertad que lanzaremos á la frente de los tiranos. Cuando oigais gritar en las calles *viva la libertad!*, decid: ese es nuestro lema, el que nuestros adversarios nos habían querido quitar con sus sofismas y que nos han devuelto con sus actos. (*Aplausos.*)

### La vida religiosa sirvió de base á la civil.—La unidad interna y la externa.

Tenia razón el Sr. Estanyol cuando nos aseguraba que en España la vida religiosa era ante



rior y superior á la vida civil. ¡Qué verdad tan grande! Existía ya en el fondo de los pueblos hispanos, en las conciencias de los que formaban los diversos pueblos que más tarde habían de constituir la España romana; existía antes de que por medio de los Concilios toledanos llegase á imponerse á la Monarquía Era, en fin, la base social común de que hablaba el Sr. Trias. No era la unidad geográfica del territorio la que se imponía; no era el Poder político del Estado reinando sobre las diferencias naturales: era la unidad que descendida de lo alto la que establecía un lazo espiritual entre todas las almas españolas; porque la verdad religiosa, á semejanza del oxígeno que se combina con casi todos los cuerpos, formando con ellos compuestos diferentes, cuando encuentra una diferencia geográfica, una diferencia étnica, una diferencia histórica al aplicarse el mismo universal principio religioso sin cambiar de naturaleza, forma compuestos diferentes en todas partes; y así por la influencia de la Iglesia se formaron las naciones europeas, que fueron diferentes según la masa indígena de que estaban formadas, según los elementos geográficos, según su constitución étnica; que revestía carácter distinto según aquella materia con la que se enlazaba y á la que unificaba, dirigía é informaba. Así el elemento germánico, vario en su composición, el elemento romano poderoso é influente hasta en las razas que se conservaron casi puras por la influencia de su legislación y de su lengua, y juntamente con ellas el elemento indígena, el primitivo, que no era germánico ni latino: todo eso, al juntarse con la abrazadera de oro de la Iglesia, formó compuestos diferentes en los diversos pueblos europeos y lo mismo sucedió en nuestra Península, donde llegaron en cierta manera, nada más que en cierta manera, con los resultados generales de su vida á unificarse en una Historia superior y obra de todos; pero no por la imposición de un Estado que entonces no existía, no fabricado por las leyes, sino por una unidad interna, espiritual, que ligaba las almas uniéndolas en una misma creencia, en un mismo sentimiento, en la uniforme práctica de una ley moral que servía de savia común á la variedad de los costumbres peninsulares. (*Aplausos.*)

La unidad religiosa precedió y sirvió de base á aquellas fundamentales tradiciones, á aquella comunidad de pensamiento, de creencia y de costumbres, y al mismo tiempo de prácticas morales, que fué el lazo general de los pueblos peninsulares y cuando doctrinas extranjeras la barrenaron y quisieron convertir la unidad política externa en unidad interna y moral, quisieron volver al revés la historia sin tener en cuenta que negaban todos los lazos espirituales con la libertad de todas las opiniones y establecían la división en sectas, en partidos, de aquello que era un todo moral; quisieron buscar, por decirlo así, la compensación de esa división interna en una unidad externa, y vinieron todos los grandes centralismos de la historia; porque, observarlo bien, la unidad espiritual, interna, que afirma un solo símbolo y un solo decálogo,

la que rige los entendimientos y voluntades, dando una norma para todas las relaciones humanas y los actos más trascendentales de la vida, no se puede romper nunca sin que, para evitar que la sociedad se disgregue, venga como compensación deficientísima, pero inevitable, suya, la unidad externa ó material que liga los cuerpos después que se ha roto la unidad moral, el vínculo de las almas. (*Muy bien.*)

Están en razón inversa la unidad interna y la unidad externa. Cuando la unidad interna es vigorosa, cuando todas las almas están hermanadas en una misma fe, en una misma moral, ¡ah!, entonces los Poderes públicos permiten toda suerte de expansiones y toda suerte de libertades, porque esa unidad es tan poderosa y real que no teme que la variedad la decapite; pero cuando ésta se rompe, ya se podrán acumular en las cimas del Estado toda suerte de atribuciones; ya se podrá hacer que la jurisdicción del Estado se extienda y abata y sojuzgue y venza la de todas las regiones; ya se podrá, últimamente, pedirle que aniquile todos los organismos sociales y todos los organismos regionales y los triturare y los funda queriendo formar una masa homogénea, unificada y resistente; no lo conseguirán: rota entonces la unidad interna y real, arriba, para sustituirla por la material, como la moral, no la segunda, no le sirve de base, nada se consigue; es entonces cuando se ensayan leyes verdaderamente jacobinistas, como indicaban elocuentemente los que me han precedido en esta tribuna; es entonces el Estado el que separa, es entonces el Estado el que divide. ¿Por qué? Porque no proclama aquella igualdad proporcional y jerárquica, única legítima, sino aquella otra igualdad de nivel que es la lanza de Roma sujetando á todos los pueblos delante de la loba simbólica; no es aquella igualdad que respeta los atributos de raza, las diferencias de pueblo, las prerrogativas y derechos de todos los organismos sociales, sino la que trata de restarlos y amalgamarlos, creyendo que las leyes no deben plegarse á las ondulaciones de la realidad, sino la realidad á la rigidez ficticia de las leyes (*Bien, bien*): igualdad del pantano que sólo practican las ranas. (*Grandes aplausos.*)

### **Cómo el Estado depende del derecho de asociación y no el derecho de asociación del Estado.**

Nosotros, amantes de la libertad, amantes entusiastas de las libertades regionales, venimos hoy, en nombre de la gran unidad de la fe católica, á protestar contra uno de los más terribles atentados que se hayan podido fraguar contra la libertad religiosa y contra toda libertad corporativa. Increíble parece, señores, si no estuviésemos en una época de decadencia mental, á pesar de tantos alardes de progreso, que está más en los labios que en el corazón y en la mente de los que continuamente lo tienen en las palabras y tan pocas veces en las obras (*aplausos*); increíble parece que un partido que se llama liberal, que gentes que se llaman liberales y que invocan



de continuo la libertad, como la hoja de parra que cubre todas sus impurezas (*bien, aplausos*); que esos mismos que la invocan, manchándola, fragüen contra la libertad, contra la esencia misma de la libertad un proyecto tan inicuo, tan tiránico como el proyecto de ley de Asociaciones. (*Aplausos.*)

En nombre de la *libertad de asociación*, y por tanto en nombre de todos los derechos naturales del hombre, de todos los *derechos innatos*, que sin el de asociación son vanos é ilusorios, hay que protestar contra semejante proyecto. ¿Para qué nos serviría el derecho *á la vida*, hasta el derecho *á la defensa*, el derecho de *dignidad personal* y el de *independencia* relativa que tienen los hombres, si no existiese el derecho de asociación? ¿Y en qué se funda el derecho de asociación, como uno de los derechos personales é innatos que sirve de complemento á los demás, en qué se funda sino en la condición finita de nuestra naturaleza? Somos limitados, somos finitos y por esto necesitamos del concurso y auxilio de los demás; por esto necesitamos juntar nuestras fuerzas con las de los demás, que si los hombres *se bastarán á sí mismos*, la sociedad no sería más que un artículo de lujo. Como no se bastan á sí mismos, necesitan el concurso de los demás, y necesitan los demás el suyo, y en esa necesidad mutua encuentra su fundamento la ley de *cooperación universal* y mutuo auxilio, en virtud de la cual existen todas las sociedades humanas; y el Estado, es una de las más extensas, pero como no cambia la extensión la naturaleza de las cosas, el Estado no se funda tampoco en otra ley. Y esta ley universal quiere hacerla manifestación ó concreción suya, y olvida, señores, que tal pretensión es como la de un cuerpo cualquiera de la naturaleza inorgánica que se sublevase contra la ley química que rige sus combinaciones ó como la de un astro que quisiera levantarse contra la ley astronómica que le fija su órbita sideral, en la cual gira, y que dijese á una: «esta ley, de la cual dependen las combinaciones de mis moléculas y los movimientos de mi masa, puedo alterarla, porque yo no estoy sujeto á ella: son las leyes las que están sujetas á mí.» (*Aplausos.*)

### **Cómo el Estado no existe más que por la variedad jerárquica que niega.**

Esta *ley universal de cooperación* de mutuo auxilio, que en virtud de nuestra limitación existe y es la base, el fundamento de todas las sociedades, es la que ahora quiere alterar el Estado, que no podría existir sino por virtud de esa ley misma. Pero ¿qué más? La familia, sin la cual ni la sociedad ni el hombre pudieran existir, la familia y como una consecuencia inmediata la escuela, derivación de la patria potestad, como la Universidad lo es de la escuela, el municipio que de la ampliación de los intereses armónicos, comunes de varias familias, se forman como de los intereses comunes de los diversos municipios asentados en una misma

tierra y ligados por una tradición, se deriva la comarca, y de la agrupación de comarcas unidas ya por lazos de intereses y de vínculos, no ya consanguíneos como en la familia, sino de intereses de convivencia como en los municipios y además por lazos históricos y por vínculos étnicos, nacen las regiones, las cuales llegan á formar el Estado, distinto de lo que por un espíritu común se llama por antonomasia Nación y que ahora, juntándolos, cuando se separan, llaman Estado nacional. Y así esta doble jerarquía ascendente de sociedades, la escuela, los gremios ó corporaciones económicas y Universidades. por una parte, y por otra la familia, el municipio, la comarca, no diré la provincia, porque tiene cierto sabor imperialista que no me agrada (*aplousos*), la comarca y la región, llegan á constituir una inmensa variedad. Esto que yo he llamado, comprendiendo en una unidad la jerarquía de órganos, la *soberanía social*, y que se asienta y tiene por pilar ó base la familia, de la cual esta doble serie de sociedades derivativas unas, complementarias otras, forma una opulenta variedad que requiere una *unidad* para aquello que les es común, pero sólo para lo que les es común, que interesa á todas y que ellas por sí mismas no pueden realizar, y como una *necesidad de esta variedad* existe el Estado, pero existe sólo para la acción común y en lo que tiene de común, en lo que representa los intereses y derechos generales y para que puedan armonizarse las acciones diversas, pero sin que esto le dé título para ingerirse, ni inmiscuirse en la esfera privativa de las regiones, ni de las Universidades, ni de los municipios, ni de las corporaciones económicas. (*Aplausos*)

Formando esta variedad de sociedades, que tiene por cima una unidad, que no obedece más que á esta necesidad primaria para ordenar y dirigir aquello que todos tienen de común, y sólo cuando tiendan hacia un fin, y para que lo sociedad no se rompa ó disgregue y en aquellas cosas en que no puedan resolver por sí los elementos que representan esta diversidad de intereses, y salvando al mismo tiempo la vida interna de todos estos organismos, existe el Estado, y este Estado, que llega *el último de todos* en la cadena ascendente de las personas sociales, que es el último eslabón de esa cadena, es el que dice: «Esos eslabones que me preceden van á ser obra mía: yo tengo la facultad y la libertad de cambiarlos, de reformarlos y reglamentarlos.» (*Grandes aplausos.*)

El crea ó produce las personas jurídicas, ó, como ahora se dice, las personas sociales ó colectivas; pero como él no es más que una persona social ó colectiva como las demás, y por añadidura la última que ha llegado en la serie de los tiempos, la postrera en la cronología de todas, se da la aberración y el absurdo de que quien está cumpliendo y determinando y concretando y existiendo por la ley de la *cooperación universal*, legisla contra la ley á que debe su existencia; y él, que llega después de todas las personas sociales y les debe su origen y sólo por ellas existe, se considera con facultades para prescindir de sus



ascendentes y legisla sobre ellos, subvirtiendo el orden natural, convirtiéndose de hijo en padre y alterando todas las leyes de la naturaleza. (*Muchos aplausos.*) Y es que el Estado depende de las regiones, como las regiones dependen de las comarcas, y las comarcas de los Municipios, y los Municipios de las familias, que son las que tienen lo que yo llamo la soberanía social, de la cual no es más que un derivado, un corolario, una conclusión, es decir, todo lo contrario de la soberanía absoluta, que por autonomasia se llama el Poder civil, como si los demás poderes de las sociedades no religiosas fuesen parte del suyo. (*Aplausos.*)

### **Cómo el Estado liberal niega la familia y las clases sociales.**

Ya no se trata, señores, de ejercer la soberanía sobre todas estas otras Corporaciones. Por medio de la ley del matrimonio civil ha llegado á penetrar en la misma constitución de la familia, y no se ha limitado á legislar sobre los *efectos civiles* del matrimonio, sino que lo ha hecho sobre el vínculo mismo de la familia, y en virtud de la lógica, como ya no se fundan la *unidad* y la *indisolubilidad*, consideradas fuera del Sacramento y aun del contrato natural, en nada permanente, como ya no se sabe que existe una ley natural anterior y superior á la ley positiva civil que formula el Estado, se establece un simple contrato civil que funda la unidad y la insolubilidad, no en el derecho natural, ni en el divino positivo, sino en el derecho civil, formulado en un Parlamento, con una mayoría y deshecho ó cambiado por otra, quedando de hecho roto el vínculo matrimonial. ¿Por qué? Porque una mayoría, como se ha hecho en Francia y trata de hacerse en Italia y tratará de hacerse en todas partes, donde el liberalismo prevalezca *puede establecer el divorcio*; y una vez establecido el divorcio en ciertas condiciones, la lógica, teniendo en cuenta entre otras *conquistas ó avances del progreso* que los vínculos perpetuos son contrarios á la libertad del capricho (*visas*), obliga á establecer el divorcio por la *voluntad de una sola de las partes*, y cuando esto llega, entonces puede darse el caso de que una mujer en una vida corta haya tenido cinco maridos y los cinco vivan y se encuentren con ella frente á frente, y la disolución de la familia y la degradación de la mujer estará consumada, y muchos de los que ahora se escandalizan por palabras inofensivas tendrán que buscar alguna nueva para no llamar prostituta á la que reglamentada por la policía ó por el Estado en todas lenguas se ha llamado así. (*Aplausos.*)

El Estado que con su derecho político legisla sobre el natural en que se funda é invade la familia y la disuelve, sigue ya lógicamente juzgando y deshaciendo los demás organismos de la jerarquía social.

Por medio de las leyes municipal y provincial legisla sobre los Municipios y los organiza y los suprime y los separa, extendiendo sus términos, reduciendo sus límites: pretende crearlos como

Dios las cosas, aunque usando como materia preexistente los restos de las libertades antiguas, y sin conservarlos en su ser y sin absorberlos como hace Dios con los entes finitos.

Y si el Estado legisla sobre la familia y varía su constitución por medio del matrimonio civil y el divorcio, y por medio de las leyes municipal y provincial legisla sobre los Municipios y sobre las comarcas, y destruye las regiones, por medio de la ley electoral no tiene en cuenta más que los átomos humanos, prescinde de las *categorías sociales* originadas por intereses comunes que se llaman *clases* y que son realmente vivas en toda sociedad donde el Estado no las niega, poniendo sobre ellas la creación artificial de los partidos. Donde quiera que existe una sociedad de larga fecha, no improvisada en la historia, se dan por lo menos estos intereses: el interés religioso y moral reflejado en su Clero, porque existe el interés religioso y moral donde quiera que haya una relación con Dios, que ha de ser practicada, lo que exige un culto, como el culto exige un sacerdocio y una jerarquía, que es como la expresión interpretación y aplicación de todos estos elementos de relación natural y sobrenatural en los que estriba precisamente el concepto de la Religión; y hay, además de este interés religioso y moral, intereses materiales representados por la industria, la agricultura, el comercio; y existe también otra tercera clase de intereses, los militares, porque la sociedad vive en medio de otras y puede ser presa de las codicias extrañas y tiene que defenderse de las agresiones actuales ó posibles, tiene que defender sus costas, si las posee, y sus fronteras por medio de un Ejército que conserve en el interior su orden y le sirva salvaguardia contra agresiones exteriores; y tendrá también, al lado de estos intereses morales y religiosos, materiales y de defensa, otro interés, el de la cultura científica y artística, representado por la escuela, la Universidad, las Corporaciones docentes, que existen en toda sociedad civilizada que debe proteger, pero no considerar como dependencia suya el Estado; y cuando la sociedad no se improvisa, existe el interés aristocrático formado por las superioridades sociales.

Todos estos intereses se deben manifestar en la vida pública y por virtud del sistema del sufragio, puramente atómico, no tienen la debida representación; y así se ve cuando hay una crisis económica, agrícola ó industrial, por ejemplo, que no se acude á los llamados representantes de la Nación, á los representantes en Cortes, para saber cuál es la calidad de este conflicto y cómo ha de remediarse, sino que se abre una información pública para averiguarlo, señal indudable de que no están representadas esas clases y esos intereses, que son, sin embargo, la vida entero de un pueblo. (*Grandes aplausos.*)

### **Negación de los derechos personales y contradicciones del proyecto de Asociaciones.**

Absorbiendo todas las personas colectivas,



desde la familia y la escuela, á la Universidad y la región, y negadas las clases sociales con la superposición de los partidos, ¿qué le quedaba al Estado por avasallar? El derecho de asociación, medio necesario de los demás derechos innatos, y, por lo tanto, la persona individual, que no podía asociarse para la perfección religiosa, para la enseñanza, para la beneficencia ó la caridad, sin permiso del Estado, y por el tiempo y la forma que él quiera dispensarlo. ¡Qué tal es la esencia del proyecto de Asociaciones!

No se trata ya de los intereses materiales, de aquellos que son comunes á todas las clases: los intereses morales están sujetos también á la ley, y si se quiere luchar contra una ley tan inicua como la ley de Asociaciones, no basta que los pueblos eleven su protesta escrita con toda suerte de requisitos ante todas las notarías peninsulares, sino que es preciso que se reúnan, que levanten su voz en los mitines públicos, para ejercer presión sobre los Gobiernos y para decirles que no está la opinión en el Parlamento, sino que la opinión verdadera está fuera de las Cámaras, y por eso los pueblos quieren expresarla directamente. Y ya que los Gobiernos liberales, aunque no lo sean, se llaman Gobiernos de opinión, que sepan que si los Parlamentos están constituidos al revés, es decir, si están en mayoría en ellos los que están en minoría en la sociedad y en minoría los que representan la mayor y mejor parte de la opinión de esa sociedad, los pueblos no sufren por mucho tiempo esta irrisión de sus derechos, y por eso se reúnen y se congregan en estas verdaderas Cámaras populares. (*Grandes aplausos.*)

Esa ley afrancesada, inicua, miserable plagio de la francesa, es un tejido de contradicciones. En uno de sus primeros artículos, creo que el tercero, aunque no lo recuerdo ni es posible recordarlo por las infinitas reformas que ha sufrido (*risas*), en ese artículo que no sé qué número tendrá hoy, se establece que toda Sociedad contraria al Derecho y á la Moral será prohibida por el Estado. ¡Singular afirmación en un Estado que no sabe lo que es la Moral y el Derecho! (*Risas.*) ¿Cuál será la Moral del Estado? Si esa ley de Asociaciones es una ley orgánica que tiene su raíz en la ley fundamental del Estado, su Moral tendrá que ser la misma que aparece en la Constitución. ¿Es esta Moral aquella á que se refiere el art. 11 como límite de las manifestaciones que no sean católicas? ¿Es la Moral cristiana? Y aunque con estos eufemismos se haya querido comprender en un predicado común á la Religión católica y á las sectas protestantes, podría interpretarse lógicamente y decir: en virtud de la Moral de la Constitución que tiene que ser la misma que la de la ley de Asociaciones, toda Asociación anticristiana, y por tanto la masonería y las escuelas laicas, quedan prohibidas por el Estado. (*Grandes aplausos.*)

Aquellos que al leer la ley se entusiasman considerándola como una enseña de persecución religiosa, deberían fijarse en el telegrama que aquí se ha leído enviado por el eminentísimo Cardenal Primado de Toledo, y reconocer con él

que es un conjunto enorme de hipocresías esa ley que fué redactada por tantos doctores y es símbolo de tantas concupiscencias que son expresión de apetitos que se sirven de esa enseña. Y como es mezcla y resultante de tal amalgama, es contradictoria, y en un artículo se vienen a prohibir aunque sea sin quererlo todas las Asociaciones, no sólo ácratas, sino socialistas y laicas, y en otro se establece una ley de excepción contra toda Asociación religiosa, porque confunde hasta el concepto de Corporación distinto del de Asociación, y confunde aquellas Asociaciones establecidas por el Estado con aquellas otras que nacen como una consecuencia de los verdaderos derechos innatos de la personalidad humana.

Esa ley tan absurda, contra la que he de levantar mi voz, aunque creo que no me entenderán, porque tampoco la han entendido los que la defienden (*risas*), es una monstruosidad jurídica que sólo ha podido aparecer circunstancialmente como móvil de apetitos, como disfraz de concupiscencias para ocupar esa sede vacante del Poder civil que se llama la jefatura del partido liberal. (*Risas.*) La debíamos sacar á su basta para que se adjudique la plaza como el premio de una lotería á uno de los tres, cuatro ó cinco (ya he perdido la cuenta) que la ambicionan, para que no den ante la sociedad europea el triste espectáculo que ofrecen estos Gobiernos que se suceden como películas de cinematógrafo. (*Risas y aplausos.*)

### **El Estado que absorbe todas las personas se reduce á una tertulia de caciques.**

Un economista célebre que pertenece, aunque en parte, á la escuela individualista, decía no ha mucho tiempo en uno de sus libros que en la sociedad actual el Estado no era más que un *partido mandando*. Esa es la realidad. Cuando se habla del Estado, no se trata del Estado, como sinónimo de sociedad civil, porque ésta abarca todas las clases y personas individuales y colectivas y el Estado no es más que una parte suya; no es tampoco el concepto de la Nación, concepto más vasto porque supone un espíritu y tradición é historia común que no necesita el Estado para existir, y por eso con frecuencia no coinciden, pues un Estado puede congregarse varias naciones, y una nación puede comprender varios Estados. En general, cuando se habla del Estado con exactitud, nos referimos al Estado Poder, es decir, aquel Poder central con sus órganos fundamentales que existe en las Monarquías como en las Repúblicas.

Y en el régimen parlamentario como el que ahora existe, el Estado se concentra en el Gobierno, en el Gabinete, que por el refrendo, asume todas las prerrogativas regias, porque nada puede hacerse sin ese refrendo; y como por otro lado la confianza de las Cámaras se consigue y se logra por aquel encasillado que previamente forma las mayorías que han de otorgar este beneplácito al Gabinete, resulta éste, á la



postre, administrador de las prerrogativas regias por el refrendo y administrador también de las del Parlamento por la confianza de los que él elige, y así la soberanía en el Gabinete se concentra; y como esos Gabinetes, desde que existe el sufragio universal con su atómico individualismo, ha fraccionado las mayorías en grupos personales, y ya no es el cambio alternativo de dos partidos que á manera diárquica usufructuaban antes el mando, sino de grupos que van pasando por el Poder, sucede que en un momento dado el Gabinete no es sencillamente más que un fragmento de partido, menos aun, una *tertulia de caciques*. (*Grandes aplausos*.)

Y de caciques no más altos, intelectual ni moralmente, que los que suelen usarse para más humildes menesteres en los campos. (*Risas*.) Y así se da el caso de que esa tertulia, que asume la prerrogativa regia y la parlamentaria, sea la que á sí misma se llama *el Foder civil* y sea la que quiere legislar sobre la Iglesia, la más grande de las instituciones tradicionales y la más alta de las instituciones públicas, y la más vasta de cuantas instituciones han pasado por la Historia. (*Grandes aplausos*.)

### La reacción pagana esencia del anticlericalismo.

¡Sí; la Iglesia es el organismo internacional más vasto que se ha conocido, el que ha penetrado en todas las razas y todas las clases, que habla todas lenguas y ha formado esta civilización, de que aun nos vanagloriamos. ¿Habéis conocido cosa semejante en la Historia?

Cuando se ve á estos pobres hombres liberales luchar contra ella, la frase magnífica de nuestro gran Pontífice Pío X viene á los labios. Es una lucha de pobres pigmeos con un inmenso gigante.

El combate establecido entre lo que llaman clericalismo de una parte, y anticlericalismo de otra, en realidad es la lucha del catolicismo por una parte, y de la impiedad con distintos nombres por otra; la lucha contra la Iglesia de los que fingiendo *progreso* regresan tanto que quieren la *restauración pagana*, la restauración de un mundo que la Iglesia sepultó hace cerca de dos mil años, y que no enteramente muerto porque se alimenta del *error* y del *vicio*, es el que empezó á asomar su cabeza chata de reptil, por las grietas del edificio de la Cristiandad, abiertas por las herejías medioevales, que mostró toda la cabeza entre los Césares de la reforma, que enseñó después medio cuerpo entre los charcos de sangre de la Revolución francesa, y que ahora enseña el cuerpo entero, que no es otra cosa que la *reacción pagana* que se enroscas como la serpiente paradisiaca al tronco del Estado. (*Aplausos*.)

Pero no quiero injuriar al paganismo. En el paganismo antiguo no había odio á Cristo, se le ignoraba, en el paganismo moderno se le odia después de haberle conocido. Es el paganismo, más la apostasía. (*Ruidosos aplausos*.)

¡Ah! En esos dos campos, la ciudad de Dios, como dijo el gran Doctor, y la ciudad de los

hombres que pelean contra ella, sigue repartido el mundo, y el *neopaganismo* aparece en todas las manifestaciones de la ciencia y del arte heterodoxos contemporáneos que no cree en más Dios que la materia y que con sus leyes inflexibles aniquila la libertad humana considerada como un consiguiente fatal de antecedentes ineludibles, y, por tanto, toda noción ética y todo derecho, que en las últimas escuelas germánicas ha llegado á considerarse como un simple producto histórico pasajero efecto como la fuerza cósmica con la cual se identifica. Esto es lo que está en el fondo de todas esas protestas anticlericales de la vanguardia y de las avanzadas. En el centro están aquellos que eran infinitos en tiempo de Salomón y no menos en tiempo de Lope de Vega, y que hoy con inocencia y no paradisiaca pretenden que se crea que no luchan contra la Iglesia cuando braman contra el clericalismo. (*Risas y aplausos*.)

Después de todo lo que se ha dicho por las escuelas anticlericales contra la Iglesia, afirmar que no se la combate, es ya negar, la sinceridad propia y la credulidad ajena. Nosotros sabemos que detrás de ese fantasma del clericalismo no hay más que un odio hipócrita á la Iglesia católica; que no ataca frente á frente como lo hacen los sectarios, sino llevando oculta la lanza de Longinos entre los pliegues de la toga de los legisladores para clavarla á traición en el pecho de Cristo. (*Atronadores aplausos*.)

### La divinidad de la Iglesia probada por dos milagros sociales.

Pero la lucha será inútil: nosotros tenemos la garantía absoluta, suprema, del triunfo. ¿Qué tempestad puede amenazar á la Iglesia católica que á la hora presente no haya sufrido ya? Cerca de dos mil años lleva en pie presenciando como ante ella se disgregan Estados y pueblos, pasan sectas, herejías y fenecen sus enemigos, y cuando apareció ya la precedía una dinastía de patriarcas y profetas que llega hasta los umbrales mismos de la historia. Vedla, señores, y decidme si hay en el mundo cosa semejante, y aunque todos los milagros probados en la persona de Cristo y los que El y los apóstoles realizaron y todos los escritos en las actas del martirio con la sangre de los mártires y todos los que han presenciado innumerables sociedades de creyentes, que han cubierto el mundo de monumentos artísticos para dar testimonio de ellos, aunque todo esto no existiera, bastarían dos hechos que en este instante se ofrecen á mi inteligencia y que quiero presentar á vuestra meditación para probar que es obra divina.

¡Milagro soberano, sorprendente, el de la Iglesia misma! La Divinidad no se demuestra como los hombres demostramos las verdades filosóficas. Nosotros nos valemos de nuestra razón para pasar de los hechos á los principios universales y para descender de los principios á las consecuencias y á los hechos, y sólo á fuerza de dialéctica vamos penosamente llegando á una conclusión porque nuestra razón es discursiva, li-



mitada y sujeta á las leyes del tiempo. Pero Dios no obra así; como no tiene más idea que su propia esencia, en la cual ve todas las cosas que no son más que copias borrosas, reflejos pálidos y oscilantes del arquetipo eterno, procede siempre por intuición y no necesita de demostración: le basta mostrarse. Se muestra como este sol que nos alumbraba, como se muestra el rayo que rasga la nube. Ante un resplandor divino nos rendimos sin necesidad de discurso, porque parece nos entra por la retina. Y en nada se ha mostrado tan maravilloso como en la formación de la Iglesia católica.

¿Conocéis algo semejante á ella, que habiendo tenido en su seno todas las revoluciones interiores y las exteriores, que habiéndose roto, por decirlo así, la unidad central de su doble jerarquía con un cisma que duró cerca de media centuria, permanezca en pie, con un movimiento y con una fuerza que parece que los siglos renuevan? ¿Conocéis algo que pueda compararse á una Institución que ha visto pasar dinastías, escuelas y pueblos; que ha cambiado todas las bases sociales desde la propiedad hasta la familia; que ha creado con su espíritu las naciones y les ha dado el ser, y que permanezca inmutable, serena, enseñando constantemente las mismas doctrinas, y que, afirmando siempre, no se haya contradicho nunca, permaneciendo incólume en medio de un mundo que vacila, de instituciones que se deshacen y de Poderes que pasan delante de ella como nubes delante del sol? Para simbolizar su majestad sublime, yo siempre me acuerdo de lo que dice el escritor protestante lord Macaulay, el que tuvo una magnífica visión del Pontificado y de la Iglesia, el cual asegura que los campesinos egipcios creen en una vieja tradición que asegura que la gran pirámide fué edificada en época antediluviana y que fué la primera que apareció al retirarse las aguas del Diluvio, y que sobre ella, húmeda todavía, vino á posarse amorosamente como un beso del cielo el primer rayo del sol. Así, en medio de la sociedad bárbara que sigue al Imperio romano, se levanta la gran pirámide de la Iglesia para desarrollar á su sombra la Europa cristiana. Todas las instituciones fueron bañadas en el Jordán de la Gracia, y no hay una sola que no haya recibido allí su bautismo. Así nació esa maravilla prodigiosa, la familia cristiana: surgió el Municipio con amplitud y vida que no conoció Roma, á semejanza de la parroquia, y á semejanza de los Concilios se levantaron las Cortes, y á imitación de la jerarquía eclesiástica las clases, y del Pontificado la Monarquía, y así se eleva aquel vasto edificio habitado por la cristiandad, roto primero por la Protesta luterana, deshecho después por la Revolución francesa, y de cuyos restos y de lo que de ellos brota vivimos todavía, pues como ha dicho Renán, al echar una mirada triste sobre la sociedad contemporánea, *vivimos del perfume de un frasco vacío* (el frasco vacío de fe era su alma) (*Risas*); pero al fin reconocía que el único perfume, el único aroma que hace respirable la atmósfera en que están sumergidas las almas, era el que él había

recibido de los labios de su madre y que ella había aspirado en una familia que era parte de una sociedad cristiana que él aborrecía y trataba de destruir. (*Estruendosos aplausos*)

No hay nada semejante á la grandeza de la Iglesia; pero hay algo que se le asemeja: y esa grandeza es el otro hecho histórico á que me refería antes y que es el natural contraste de sombra de esa luz resplandeciente. ¿Sabéis cuál es? Pues es aquel que exponía un Sacerdote católico en presencia de un rey volteriano, cuando queriendo poner en tela de juicio la sabiduría apologética del pobre Sacerdote, le decía: Dame una prueba, una sola, de la Divinidad de la Iglesia; pero dámela sintética, en una frase. El Sacerdote, ante esta petición real, reflexionó un momento, y sin vacilar contestó: «Señor, ya he encontrado la prueba: y pronunció lentamente esta palabra: «*Israel.*» El pueblo judío pasó ante la vista del rey, sin duda, y guardó silencio al oír la respuesta gráfica del Sacerdote.

Porque si es grande la unidad de una institución de cerca de dos mil años, también lo es la que la precede como una aurora, y la sigue como una noche en la Historia.

El pueblo hebreo es el *pueblo-dilema*, porque hace cerca de dos mil años que anda por el mundo con dos libros en la mano, demostrando á la Iglesia católica y refutándose á sí mismo. Si el Talmud es verdadero, el Mesías no ha venido, y entonces es falsa la Biblia, porque ya no puede venir. Las profecías exigen que exista el reino de Israel con su organización social en tribus, con su Sacerdocio, con su Templo y su sacrificio, y no existen hace cerca de veinte siglos ni las tribus, ni el Sacerdocio, ni el Templo, ni el sacrificio, y han pasado varias veces las sesenta semanas de Daniel. En los cautiverios de Asiria y Babilonia subsistió con la estirpe de los Profetas; una extinción de cerca de veinte siglos es una muerte dos veces milenaria.

Si la Biblia es verdadera y el Mesías ha venido, es falso el Talmud y tiene razón la Iglesia. Los dos libros no pueden ser verdaderos á un tiempo, porque son contradictorios. Pero que la Biblia es verdadera, y que Jesucristo era el Mesías, lo prueba ese pueblo disperso por la tierra hace diez y nueve siglos, mezclado con todos los pueblos, participando de todas las opiniones, y que al revés de todas las otras ramas de la raza semita que trasfunden su sangre en el torrente de los arias, no se confunde con nadie, y puede decirse que él solo realiza el prodigio histórico de ser nación sin territorio, Estado sin organización política y raza sin agrupación geográfica. Ha entrado en todas las escuelas y partidos modernos, ejerce todas las profesiones, se ha apoderado de la Banca, y por el crédito y los empréstitos, de la hacienda de los Estados; y cuanto más se confunden las clases disueltas bajo el nivel democrático, él que tiene miembros en todas, desde la aristocracia á la plebe, forma una clase aparte que se destaca de las demás, no pierde los caracteres fisiológicos y acentúa los psicológicos, y el odio que inspira forma en torno suyo agrupaciones poderosas para destacarle más; los si-



glos ruedan sobre él sin poder limar su carácter. Es un documento vivo que guarda los orígenes de la historia profética de la Redención. Prueba el Antiguo Testamento con su existencia y con la Biblia que conserva. Prueba el Nuevo, con su odio y con su dispersión sobre la tierra. Para probar perpetuamente á la Iglesia con resplandores que iluminasen hasta á los ciegos de nacimiento, no bastaban series de individuos, era conveniente un pueblo entero que conservara sus credenciales, las Escrituras, custodiándolas con su odio. Son *dos milagras sociales*, la Iglesia y la Sinagoga colocadas frente á frente, y que van atravesando la historia, para que nadie necesite preguntar como el pretor romano: *¿qué es la verdad?* Basta pararse á mirarlos, para distinguir entre las claridades radiantes de uno y las sombras tenebrosas de otro las ruinas de un templo regado con lágrimas todos los sábados, y que no pueden restaurar las montañas de oro de la Banca judía, y los brazos de la Cruz redentora, símbolo del amor demostrado por el odio, dilatándose y extendiéndose sobre todos los hombres, incluso los deicidas, abarcando los horizontes y penetrando en los cielos. (*Extruendosos aplausos.*)

Y el odio judío, único en la historia, que aumenta con la distancia y crece con el tiempo, el odio á Cristo, que ha engendrado como un apéndice de la Sinagoga la *logia*, se revela en toda la historia de la heterodoxia moderna, hasta el punto de hacer del judaísmo talmúdico el *director espiritual* de la revolución.

En la *Ética* de Espinosa, cubierta con un velo cartesiano, que no impedía ver que era la labor acrecentada de la *Cábala*, tiene su origen toda la filosofía anticristiana moderna. Espinosa y David Hume la fundaron. En el *Tratado teológico* empieza la crítica racionalista de que Tubiaga será la cátedra, y judíos como Straus y Salvador emprenderán la más sañuda guerra que se ha conocido contra el Evangelio y contra Cristo, de que no serán más que un eco las blasfemias de Renán.

Y si Adan Smit y David Ricardo y los hermanos Pereire fundan con la economía individualista y con la Bolsa la filosofía del interés sobre la libertad de la usura, dos judíos que no habían olvidado el reparto de tierras de Israel, Fernando Lasalle y Carlos Marx, propagan el *colectivismo* para dar el golpe á la propiedad individual, una de las bases de la civilización cristiana, y sientan con sus discípulos los principios de la anarquía, aun antes que los príncipes rusos, descarrados, que no ven más que la estepa con horizontes siempre iguales. ¿Quiénes son los que han inspirado todos los programas anticristianos? ¿No recordáis las palabras de aquel judío que concentró todo el odio semita en un grito de guerra contra la Iglesia? ¿No recordáis la frase de Gambetta «el clericalismo: he ahí el enemigo?» ¿No recordáis al mismo Enrique Heine, el poeta de todas las dudas, de todas las negaciones, de todas las impiedades? ¿No recordáis aquél nieto de un judío italiano que ha manchado tantas almas y que ha profanado con el naturalismo de la impureza la literatura, á Zola? ¡Siempre el judío! Que judío es también de origen el lusitano

Catullo Mendés, el que hace poco injuriaba la figura admirable de Santa Teresa, de Santa Teresa la sublime mística avileña, la más alta personificación de la mujer castellana, y que no obstante á pesar de tan inicuo atentado no ha merecido las protestas de desagravio de la gran Prensa. (*Largos y atronadores aplausos.*) La sombra sigue siempre á la claridad y con ella se admira esta maravillosa institución de la Iglesia que está sobre todas las instituciones de la historia. Si fuera posible simbolizarla, buscando un ejemplo gráfico para demostrar sus triunfos en la historia, diría que esta Ave mística, como en la Escritura se la representa, cuando estalla la tempestad se remonta por los aires, sin que la tempestad pueda interrumpir la marcha triunfal de su vuelo. (*Aplausos*)

Al principio parece la Iglesia una golondrina que revolotea tristemente alrededor de las espinas de la corona del Redentor en la tarde fúnebre del Calvario; después se asemeja á una paloma que sale por una grieta de las Catacumbas con las alas teñidas de sangre, que pasa por encima del Panteón y el solio de los Césares y va á posarse triunfante sobre las cimas del Capitolio. (*Grandes aplausos.*)

En aquel momento supremo en que el mundo romano se desquicia y en que el caos parece que vuelve á surgir de su derrumbamiento, ella cobija amorosamente bajo sus alas á sus hijos como á sus polluelos hasta que la tempestad pasa, y cuando el tumulto de los pueblos bárbaros al empezar la Edad Media, en que no encuentra todavía asiento, como el ave marina se cierne sobre la ola encrespada que azota el huracán, se posa sobre las almenas feudales imponiendo á la guerra la tregua de Dios; mira al Oriente desde las torres de las Catedrales, y marcha con las Cruzadas, atraviesa las ondas del Mediterráneo, como más tarde las del Atlántico y cuando la tempestad arrecia, cuando las herejías medioevales se condensan en la Protesta luterana y después en la Revolución francesa, ya no es el ave que cobija á sus polluelos, ni el ave marina que pasa sobre las olas, es el águila caudal que á veces atraviesa una nube sombría y desaparece ante nuestros ojos como si se hubiera muerto perdida en los espacios y entonces los corazones débiles decaen porque creen que ha desaparecido en las alturas. ¡Hombres de poca fe, esperad un instante y veréis cómo cuando un rayo del sol bordea la nube, aunque abajo se abran los cráteres y tiemblen las cordilleras, el águila serena y majestuosa extenderá sus alas sobre los pueblos, absortos ante su grandeza! (*Grandes aplausos.*)

Nosotros sabemos que la Iglesia, por la que luchamos, es imagen de la eterna vida y que no morirá jamás, porque ha atravesado ya todas las tormentas históricas. Vió proscripto un día el culto de Dios, perseguidos y asediados los Sacerdotes; ha presenciado todos los crímenes, ha sido robada, perseguida, ultrajada, atropellada; ha visto aún más: ha visto á una prostituta ocupando el lugar de la Virgen en Nuestra Señora de París, y adorada la cabeza, empapada en



aguardiente, del miserable sicario Marat en el convento de los Franciscanos, de París, en vez del Sagrado Corazón de Jesús, y ha salido radiante de aquellas pruebas. Como sale en este instante, ante la figura sublime de Pío X, prototipo de entereza apostólica, que sustituye al Papa de la misericordia; y no lo digo ahora, porque ya lo dije en una reunión pública, un año antes de morir León XIII. Decía yo entonces: hay una lucecilla que agoniza en la colina del Vaticano, y cuando esa luz se apague, el que ha tenido la misión de llevar la tolerancia, la magnanimidad y la misericordia hasta el extremo límite, será sustituido en el orden providencial por el Papa de la justicia que ha de fulminar el rayo después del Papa que ha tendido sus brazos cariñosamente á los Estados que le han contestado con la ingratitude. (*Estruendosos aplausos.*)

### **Pío X y la disyuntiva entre el martirio y el cisma.**

Pío X, sin odios, sin iras, con una ternura que desciende de lo alto y que ha llegado á enternecer á sus propios verdugos y á arrancar palabras de admiración de la pluma de Jaurés y de Combes; este Papa radiante, como si estuviese iluminado por celestes resplandores en la cima del Vaticano, en medio de un mundo que vacila, de una sociedad que se desquicia, pronuncia una palabra y repite el *Non possumus* de Pío IX. Yo no puedo transigir con aquello que toca á la sagrada jerarquía, á los derechos esenciales de la Iglesia; los bienes terrenales, todo aquello que vosotros estimáis en tanto, importan poco: pero la jerarquía es sagrada, los derechos sacrosantos importan tanto que es necesario ir al martirio antes que al cisma. Y la revolución, que había colocado á la Iglesia en Francia en esta disyuntiva inexorable, el cisma, ó el martirio con el hambre, prefirió por medio de ese sublime Episcopado francés para el que yo reclamo un aplauso (*aplausos*), prefirió el martirio y prefirió el hambre á sufrir la mutilación del cisma.

Y esta es la hora en que después de seis leyes, la ley misma de separación, las dos circulares de Briand, la ley de Asociaciones del 80, la ley de Asociaciones del 91 y otra ley más, la que ahora se prepara, han tenido que rendirse y decir «no hay manera de luchar con Roma: hay que reconocer á la Iglesia la libertad; y sin el Concordato del año uno, que con los artículos orgánicos de Portalis no fué más que una argolla y que ahora está rota, sin el *patronato*, con la *independencia económica* aunque para lograrla tenga que vivir por algún tiempo de limosna, la Iglesia francesa recobrará su libertad y se levantará redimida por su admirable sacrificio, preparando una Francia nueva y evangelizada que nos sirva de ejemplo á nosotros, ya que tenemos la fortuna ó la desgracia, hasta ahora desgracia, de no saber sino copiar el modelo francés. (*Grandes aplausos.*)

Pues bien, señores: en este momento supremo en que el Pontífice afirma de este modo la gran-

deza de la Iglesia, el vulgar, el ridículo, el pobre anticlericalismo español, desaparece, y quizá esta misma reunión servirá como de último epitafio á esta ley de Asociaciones; que tienen todos puestos sus ojos en vosotros desde Madrid y creen que no se podía hacer en esta ciudad de Barcelona una manifestación católica, espléndida, por considerarla patrimonio de la anarquía y de la revolución desbocada. Ante el hecho, ante este acto, ahora aprenderán que si las muchedumbres católicas han callado demasiado si han callado mucho tiempo, no callarán en adelante. Ya nos hemos acostumbrado nosotros también al mitin, ya tenemos el hábito de la manifestación, y si se nos obliga en último término á mayores energías por ser conculcados nuestros derechos, no necesitamos copiar á nuestros enemigos; tenemos originales propios. (*Calurosos aplausos.*)

### **Aspiración común de los católicos.**

En este caso, y voy á concluir, ved, señores, el espectáculo que presenciarnos: no es sólo una protesta unánime contra un proyecto de ley inicuo que atenta á la libertad de asociación y á nuestras más caras creencias; no es sólo el hacer la apología de las Ordenes religiosas lo que nos congrega aquí: es algo más, yo lo diré; es lo que tantas veces se ha pretendido y nunca se había conseguido; es la unión de los católicos. Pero vedlo bien: esta unión no se hace ni siquiera por mandato de la autoridad ni formulando bases para establecerla; la hacen los enemigos. (*Aplausos.*)

Ellos son los que al levantarse contra nosotros como un solo hombre nos han unido en una aspiración común. No hace mucho, en Madrid, en una reunión de amigos, les decía yo repitiendo una frase que empleaba Valdegamas al hablar de Guizot: «Tiene por amigos á los enemigos de sus adversarios.» Yo, recordando esta frase, decía: En frente está un ejército enemigo: despliega sus fuerzas y sus baterías en línea de batalla y contra nuestras tiendas dispara sus proyectiles. Veo á mi lado otro ejército que combatía en otro tiempo contra el mío; pero si miro, observo que no dispara contra mi campamento sus tiros, sino que todos los dirige enfrente, y entonces no necesito preguntarle á quién combate, contra quién lucha; contra el que me combate á mí; luego es mi compañero de armas mientras están desplegadas las líneas enemigas. (*Estruendosos aplausos.*)

Luchemos también, no sólo por defender los derechos que la Iglesia conserva, sino por rescatar los que no tiene y que el Estado le niega (*Bien*), y entre ellos el derecho de *independencia* que es el primero de sus derechos externos. ¿Cómo han de reconocer el de *superioridad* si se le niega el de *independencia* de dos maneras?; por medio del *patronato* ejercido por los Poderes sin título para ello, porque fué otorgado graciosamente por la Santa Sede á los Poderes que habían establecido y perpetuaban la unidad religiosa, y no á los que la conculcan, y además por medio del *presupuesto* que es la dependencia económica.



Tenemos el deber de trabajar para lograr la independencia económica y administrativa de la Iglesia, sustituyendo la forma actual del presupuesto por otra que la desligue de toda imposición del Estado. Y á esto hay que ir y por esto hay que luchar y juntarnos en esta gloriosa empresa para que no tenga nuestra madre ligaduras con ningún Poder que no afirme de manera absoluta la soberanía social de Jesucristo. Pero luchemos, sobre todo, unidos por este gran ideal, por emancipar á la que es centro de la civilización europea y el alma de España, la estre lla polar á la que hay que mirar siempre en todos los combates de la vida individual y colectiva.

Y para concluir yo diré: Por esa Iglesia hemos de luchar, y si llegan días adversos, momentos supremos, en los que fuera necesario pelear, no digo contra este proyecto porque es cosa menaguada, contra otros más terribles que se presenten, no necesitáis vosotros la ayuda y el auxilio de otras regiones como la vuestra. Os bastais vosotros mismos, no sólo para el proyecto de Asociaciones, sino para otros peores que se fraguan contra la Iglesia. Les servirá de lápida sepulcral, como hoy al proyecto de Asociaciones, vuestro escudo, el de las sangrientas ba-

rras catalanas. (*Aplausos.*) Yo sólo siento que la lápida es demasiado grande para un cadáver tan chico. (*Grandes aplausos.*)

Pero aun así, si después de luchar con las protestas no sólo legales, sino cívicas, más ardientes, sucumbiéramos, que no sucumbiremos porque somos los más, y el día que lo queramos probar seremos los más fuertes; tomaremos por divisa aquella sentencia de Pascal, *cuanto menos temamos seremos más temibles*, teniendo siempre presente que tres que gritan meten mucho más ruido que 100 que callan. Si cayéramos en la lucha y la impiedad se pasease triunfante, no pasaría más que sobre nuestro sepulcro, y el último superviviente de los cruzados que no hubiera pactado con el enemigo, podría decir al Redentor Crucificado como última palabra de una vida ofrecida en holocausto á la Fe y seguramente fecunda para los que llegasen después: Señor, cuando todos te escarnecían, cuando echaban suertes sobre tu túnica, yo no te he negado nunca y rindo con esta espada un saludo militar, el último de mi vida, al que es el autor de ella y que la ha rescatado con su sangre. (*Estruendosa ovación que se prolonga largo rato.*)



# DISCURSO

DE

## D. JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

EN EL BANQUETE DE LOS CARLISTAS CATALANES

CELEBRADO EN LA «MAISON DORÉE» DE BARCELONA EL DÍA 22 DE ENERO DE 1907

### Sin adulaciones.

Señoras y señores: Profundamente conmovido por las palabras elocuentísimas que acaban de brotar de labios de nuestro amigo el Sr. Fortuny, me levanto á decir muy pocas para corresponder á vuestros deseos.

El Sr. Fortuny, expresando, no sólo el sentimiento personal suyo sino el de los aquí reunidos y de todo el pueblo catalán, decía una cosa que me agradaba mucho cuando afirmaba que no era adulator y que execraba la adulación. La adulación es cosa de esclavos y jamás ha salido de mis labios, y yo, que no sé adular á reyes ni á poderosos y que sólo he visitado el palacio del destierro, pero que no he subido jamás las gradas tan concurridas del alcázar del éxito, tampoco sé adular á los pueblos.

Dichas aquí palabras de entusiasta elogio á vosotros y á la grandeza histórica que atesora el pueblo catalán, pudieran, aun parecer sombreadas por la lisonja. Por eso no las pronuncio; cuando he hecho plenamente elogios vuestros ha sido en el Parlamento, ante los enemigos de Cataluña. (*Grandes aplausos*)

Yo no sé si, por eso que llamamos atavismo, por contar entre mis ascendientes, á fines del siglo XVII, una doña María de Moncada, será por lo que sienta bullir en mí algo de sangre catalana que se inflame al contacto de vuestro suelo en llamas de entusiasmo que parece que ahoga mi garganta y me impide expresar todo lo que quisiera comunicaros en este instante á todos, y á vosotras, singularmente, señoras, que representáis la parte más hermosa, más ferviente y más firme á la vez del núcleo de esta sociedad. (*Aplausos*.)

### Contra la anarquía.

Hoy, señores, tenemos una lucha continua y viva; estamos en un combate perpetuo, que no es más que el prólogo de una gran batalla. No he creído que haya cumplido con mi deber, sino que, os lo aseguro, deseo que lleguen esos días de lucha para probar que he hecho muy poco hasta ahora; y, si Dios conserva mis fuerzas, he de emplearlas por entero en esa contien-

da, esperando entonces el galardón que ahora prematuramente me otorgáis.

Aquellos que, sacando y deduciendo todas las consecuencias de los principios religiosos y sociales, formamos un todo moral que piensa, siente y aspira á la realización de los mismos ideales, somos los que, cumpliendo con un deber en las circunstancias extremas en que nos hallamos, tenemos que sacrificarnos llevando por delante la abnegación para no vivir sucumbiendo; así no sucumbiremos, y si sucumbiéramos sería peleando, en cuyo caso podríamos decir como aquel capitán del *tercio de sangre* en Rocroy, á quien sus enemigos preguntaban: ¿Cuántos érais?, y él, chorreando sangre, mostraba los cadáveres y decía: «contad los muertos». (*Aplausos*.)

En el momento en que la anarquía, última consecuencia del principio liberal, sale á la calle á amedrentarnos con el terror que afrontáis con valor heroico, recordaba yo á aquellos elementos liberales, que cuando el Sr. Maura, con viril elocuencia, protestaba contra los anarquistas, presos por la cobardía, se admiraban de ello y pensaba: «la anarquía no tiene más fuerza que la debilidad de aquellos que la combaten». Por eso no cae principalmente mi maldición sobre el instrumento ni la bomba que estalla, sino sobre aquellos que lo consienten. Es necesario que una ciudad tan ilustre como Barcelona, la primera de las ciudades peninsulares, no viva sujeta al imperio del terror porque un puñado de malhechores quieran ofender y ultrajar los derechos de los ciudadanos.

Es necesario que organicéis una Junta de defensa, ya que ese Estado cobarde y débil, ese Estado que ha pactado con la anarquía, no sabe cumplir el más rudimentario deber de Gobierno, el de conservar el orden, y, haciéndolo vosotros, demostraréis así prácticamente su impotencia y su imbecilidad. (*Prolongados aplausos*.)

Aquellos que no ven más vida que la presente; que creen que todo se encierra en el horizonte visible; que no afirman un mundo sobrenatural que explique las imperfecciones del natural y creen que el sepulcro es el pórtico de la nada, y no, como nosotros creemos, el de la inmortalidad, podrán temblar ante las bombas, ante los



fusiles; nosotros que sabemos que esta vida es breve, fugaz, que no es más que el tránsito para otra mejor, y en donde se reciben las recompensas, no tememos á las hordas salvajes. Un escritor que murió, desgraciadamente, impenitente, en un libro célebre habia dicho esta frase: «Podréis dar la muerte al cuerpo; pero el alma será de vosotros, porque es inmortal.» (*Aplausos.*)

### Por la ley de Asociaciones.

¿Queréis creerme si os digo que la primera cosa que en este instante se me ofrece para brindar, es, aunque os asombre, por ese proyecto de ley de Asociaciones que ha tenido la virtud singular de dividir á nuestros enemigos y de unirnos á nosotros? (*Aplausos.*)

Estábamos dormidos, estábamos en un letargo punible, en un letargo casi diré criminal; no protestábamos como se debía contra un Estado invasor en todos los órdenes de la vida. Vosotros fuisteis de los primeros; fué esta región catalana la que dió la voz de alerta. A la protesta regionalista siguió vigorosa y vibrante la religiosa; y aunque una Prensa sectaria, que ha celebrado pacto con la mentira, haya intentado muchas veces desfigurar vuestras palabras y obras, yo siempre he dicho á los que así os calumniaban: Precisamente uno de los núcleos en donde con más vigor alienta ese sentimiento español que invocáis está en Cataluña. Ella es la que lleva la representación de todas las regiones de España, en la lucha contra el centralismo invasor que abrumba á todas las demás regiones españolas; que es la manera mejor de trabajar por España. (*Estruendosos aplausos.*)

Aquellas regiones que conservan más vigorosa, más firme, más poderosa la tradición; aquellas en donde el régimen del absolutismo del siglo XVIII primero, y del parlamentario del siglo XIX después, no han logrado extinguir los gérmenes de la Tradición, como Navarra y Vasconia, y Cataluña son las que protestan más vigorosamente contra la tiranía del Estado. Vosotros que conservásteis el magnífico Gobierno representativo tradicional y tenéis vigorosa y fuerte la Tradición, como ya enérgicamente lo demostrásteis en tiempo de Felipe V, y que en la misma forma habéis practicado la libertad; como para vosotros no es un nombre vano la palabra democracia, como no necesitábais falsas soberanías populares para ejercer la social, vosotros fuisteis los más vigorosamente dispuestos en estos últimos años para pelear contra las invasiones del Estado central, que trata de confundirse con la sociedad y robarle todas sus atribuciones para que no haya debajo más que el polvo del desierto y se levante encima la inmensa pirámide de todas las centralizaciones. (*Una voz: ¡Viva Mella historiador!*)

### Recuerdos de gloria.!

No soy historiador, pero si lo fuera, quisiera ser historiador de lo futuro, no de un pasado próximo; que para serlo de ese pasado habría de serlo de tantas ignominias, de tantas tiranías, que, á tener que buscar de nuevo su filiación en

los documentos vivos y en los muertos, habría de encontrarme á cada momento con un doble tormento: el de haberlo sufrido primero y el de recordarlo después. (*Nutridos aplausos.*)

La sangre derramada en los campos de batalla cuando la Reconquista, desde San Juan de la Peña, la Marca hispánica, la Borunda y Covadonga hasta las Navas y Granada, demostró que habia una hermandad espiritual interna en todas las almas españolas, y que, con lenguas diferentes, con aptitudes diversas, teniendo comarcas distintas, pero bajo un mismo cielo y guiadas por la misma fe, formaron aquella España del siglo XVI, que si llegó á la plenitud de sus creencias, hubiese llegado también á la plenitud de sus libertades regionales, si vientos adversos reinantes entonces en toda Europa y desatados por la protesta luterana, no hubiesen traído aquellos absolutismos cesáreos que aquí no pudieron tener, ni tuvieron nunca, la fuerza que en otras partes; pues todavía brillaban las Cortes españolas bajo Felipe II; aquel Felipe II que han querido, cuando no hay un nuevo documento que se descubra que no sea un tributo á su grandeza, denigrar los historiadores liberales; aquel Felipe II que una vez como príncipe heredero y otra como rey, después de la batalla de Lepanto, venia á abrir las Cortes de Barcelona, y ¡oh asombro que dejaría atónitos á nuestros centralistas!, leía su discurso en catalán, y era el mismo que abría las Cortes en Portugal y juraba sus fueros, sus franquicias y sus libertades, y cumplía fielmente su juramento, como lo reconocen hoy todos los historiadores lusitanos modernos, y llevaba su tiranía hasta el punto de duplicar las rentas de aquel Monasterio maravilloso de Batallas levantado en memoria de la derrota de Aljubarrota. Felipe II, dando una muestra de lo que eran los gobernantes de otros tiempos y de, que tenían en cuenta no sólo los derechos, sino hasta el amor propio de los pueblos, lejos de querer rebajar la majestad de aquel templo levantado en memoria de lo que consideraban los castellanos una derrota, quiso rendir ese homenaje al pueblo lusitano, mientras obligaba á sus hijos que estudiasen el portugués porque no quería pueblos tiranizados, sino pueblos libres. (*Aplausos y ovación.*)

Y Felipe II, que reformó los fueros de Aragón no como rey de Castilla, sino como rey de Aragón en las Cortes de Tarazona, limpiándolos de muchos privilegios tiránicos feudales y no suprimiendo el Justicia que existió hasta Felipe V; él que habia reunido Cortes castellanas en Valladolid y portuguesas en Lisboa; él, que tenía Cortes navarras en Pamplona; él, que reconocía que no se podían atacar los fueros vascongados y pedía que se borrara en un libro que los ofendía todo cuanto ellos estimasen que pudiera ser en menoscabo de su dignidad, venia aquí á celebrar Cortes catalanas, no haciendo en eso más que seguir el ejemplo de aquel ilustre emperador, su padre, que no habia comprendido toda la grandeza de nuestros pueblos peninsulares al principio de su reinado, y, comprendiéndola después, al llegar á la juventud y al



venir, emperador de Alemania, á Barcelona, cuando los Concelleres le preguntaban con qué ceremonias habían de recibirle, contestaba él: «Como Conde de Barcelona que es lo que estimo más.» (*Ruidosos aplausos.*)

### La Nación y las regiones.

Yo he trabajado para desvanecer la triste leyenda, mejor diré, la miserable fábula del separatismo catalán; y ante la faz de los Poderes públicos, en pleno Parlamento lo he dicho y no han podido protestar contra mis demostraciones: en España no hay más que un separatista, que es el Estado oficial español. (*Aplausos.*)

Decid á todos los pueblos peninsulares cuál es el principio regionalista, como yo se lo exponía en Coimbra á un ilustre profesor portugués, y como él lo aceptan con entusiasmo. Todas las regiones españolas existían siendo Estados independientes antes que se formase el Estado español y como cada región tiene detrás de sí una tradición concretada en condiciones geográficas, tiene una historia que es diferente de otras historias, aunque tenga muchos lazos comunes con ellas. Porque hay una hermandad general á la cual todos hemos contribuido, y como he dicho alguna vez, el concepto de nacionalidad es algo superior que se forma por todas las regiones y puede compararse y se asemeja á un río formado exclusivamente por afluentes. Ese sentimiento unánime, ese espíritu que tiene rasgos comunes, aquello que está por encima de todas las diferencias, forma la unidad histórica de lo que llamamos España que no se ha originado más que por la afluencia de todas las regiones: ese río no tiene más que esos afluentes; el que quiera secar el río no tiene otra manera mejor de hacerlo que secarlos, porque pueden existir los afluentes sin el río, pero el río sin los afluentes. no. (*Aplausos.*)

Yo sigo afirmando, como lo hacía el Sr. Fortuny, la familia con su base esencialmente cristiana, la autonomía en el Municipio, y aun mejor diré, la autarquía, por que ésta significa el gobierno interior y no la completa independencia, en la comarca y en la región, en la corporación, en las Universidades, no dependiendo del Estado docente que las considera como sucursales suyas, y afirmando también un hecho histórico indudable y una tradición estable y firme, el uso de la propia lengua, porque es claro y es sabido que los gramáticos vienen siempre después de las lenguas, porque ellas son un hecho espontáneo que nace de la historia, y es crimen y aberración en un Estado el que quiera borrar la historia de una región y arrancarle su lengua, incurriendo en un absurdo como sería el que rer hacer á los rubios morenos y á los morenos rubios. (*Risas.*)

De todo eso, como una resultante común de diversos factores que llega á producir un carácter propio, se ha formado la psicología colectiva de las regiones, que se traduce en hechos históricos, afirmando como efectos estables lo que no eran al principio más que causas, llegando á darles una fisonomía propia; y, señores, ¿no es absurdo

el que un Poder civil que ha venido el último en la serie de todos los Poderes jerárquicos diga: yo, conforme á las doctrinas de tal escuela aprendidas en tal libro, que formuló tal teórico en un gabinete, voy á ajustar toda la realidad histórica en una fórmula ideal, y la que no quepa en ella la descuartizaré y á fuerza de martillazos haré entrar los fragmentos deshechos en el molde?

¿No sería mejor que rechazara todas esas fórmulas ideales que son incapaces de destruir esa vasta y rica historia que han formado todas las regiones y que las acomodara á los hechos en vez de acomodar los hechos á las fórmulas? Negar los hechos sociales que son producto de una historia, es negar la historia: negar la historia de una región, es negarle su espíritu, y negarle su espíritu es negarle el derecho á la vida. Es querer suprimir una realidad que existía con perfectísimo derecho antes que existiera el Estado español.

### Predicando el regionalismo.

En todas las regiones de España, en toda Castilla he expuesto las doctrinas regionalistas, en Zamora, en Valladolid, en Palencia; las he desarrollado últimamente en Andalucía, en Sevilla, y creed que en todas aman las mismas doctrinas: todas ellas dicen: ¿pero es esto el regionalismo? ¿Es que ese Estado, que no conocemos más que por el recaudador de contribuciones, y el cacique, ha de estar oprimiendo á todas las regiones para tener á su cargo no aquello que es común, como lo que se refiere á las relaciones mercantiles y diplomáticas con los demás Estados, sino lo que es propio de cada una en lo administrativo, económico y jurídico? ¿Es eso el regionalismo? ¡Ah!, pues entonces aquí todos somos regionalistas, por instinto antes que por reflexión.

Y es que el Poder público, por medio de los partidos que turnan en el Parlamento, por medio de las mayorías que en él rigen y la serie de caciques y periódicos que apoyan ese régimen, quiere establecer sombras en todas partes, quiere denigrar á vosotros, quiere presentaros como separatistas de esa unidad que todos juntos formamos; pero cuando se desvanecen las sombras, entonces no hay en España nada más que regionalistas; y eso sucederá dentro de poco. No tiene el Poder central bastante vigor, ni prestigio que le abone en sus actos pretéritos, y, por consiguiente, no hay fundamento en sus actos futuros para que pueda por mucho tiempo mantener en la sombra de la sospecha á las regiones españolas unas contra otras. Este movimiento de protesta católica, que brilla ahora en toda España, se enlaza maravillosamente con la variedad regionalista y es su unidad verdadera la que ha informado los organismos sociales, que el Estado liberal ha querido disolver, dividiendo en sectas á todo lo que antes constituía una verdadera unidad moral. (*Prolongados aplausos.*)



## Grande valor del tradicionalismo. Testimonio de Cánovas.

Hay que estar apercebidos para la ucha que se avecina; hay que perdonar, cuando den muestras de arrepentimiento, á aquellos llamados católicos liberales que en otro tiempo trabajaron por disminuir la fuerza del núcleo carlista; hay que tener en la memoria lo que un hombre que, aunque funesto para nosotros, tenía dotes de estadista, Cánovas del Castillo, hizo en cierta ocasión. Un día un diplomático español venía de Roma diciendo: «casi he conseguido (á fuerza de presentar los hechos á su gusto por supuesto) que se haga un documento semejante á los que aconsejaron á los monárquicos franceses que aceptasen como un hecho la República; quizás pueda conseguirse para España un documento por el cual se aconseje la entrada en las actuales instituciones de toda la comunión carlista.» Y Cánovas, revelando un carácter muy perspicaz, mirando por encima de los intereses de su partido, Cánovas dijo: «¿y quién le ha dicho á usted que eso iba á ser una ventaja para la sociedad española? Yo no cometeré el crimen de destruir la única fuerza que puede conservar el orden social el día en que se desencadene la revolución. Vaya usted y diga que yo no puedo pedir la muerte de un partido que será el día de mañana la única antemuralla de la Patria.»

Y todavía, señores, cuando la revolución se enfurece, cuando la lucha se encona, cuando las pasiones estallan, cuando los caudillos de la revolución dan el grito de pelea contra la Iglesia, se amedrentan ante el nombre del carlismo, porque les sucede algo de lo que pasaba á los guerreros musulmanes cuando, pasados algunos siglos de las cruzadas, si en medio de la noche se detenía su caballo asustado ante alguna sombra del camino, asiéndole de la brida el guerrero le gritaba: «¿qué tienes? ¿has visto acaso la sombra de Ricardo?» Todavía creían que podría presentarse en el camino la sombra del guerrero que había amedrentado á los musulmanes en la tercera cruzada. Hoy todavía, cuando suena la palabra carlismo, temen la guerra civil; todavía, dicen, los católicos no se han reducido á una misión de paz (el Heraldo divino no la trajo más que á los hombres de buena voluntad); todavía no lo fian todo al Señor Supremo; todavía son de aquellos que siguen el viejo apotegma de á Dios rogando y con el mazo dando; todavía creen que si valen y son poderosas las oraciones, es necesario hacer algo para que descienda la gracia; porque seguimos la sentencia de un hombre célebre, de nuestro gran pensador Baltasar Gracián: «hemos de trabajar en el orden práctico como si no hubiera más que medios divinos; pero hemos de hacerlo de tal manera como si no existiesen más que medios humanos.» (*Grandes aplausos y vivas á Mella.*)

### Dii meliora!

Hay, señores, una cosa que es preciso execrar: el pesimismo: que suele apoderarse de las huestes católicas. Ese pesimismo que parece el fruto de

una reflexión grande de entendimientos que han pensado sobre lo deleznable y efímero de las cosas humanas y que parecen mirar con tristeza á la luz de un resplandor divino, suele ser también una filosofía que pudiéramos llamar nacida de la comodidad y del egoísmo. Es muy fácil decir: ¡qué importa que luchemos!, el mal avanza siempre, y al fin ha de llegar un momento en que los sucesos respondan: ¡el esfuerzo es inútil! Los que dicen eso, allá en el fondo de su alma, no piensan sólo en la fuerza del contrario, sino en la debilidad propia, y en que es mucho más cómodo quedarse á la orilla que no lanzarse á la corriente y atravesar el cauce. (*Aplausos.*)

Es preciso tener ardor para la lucha y el combate. ¡Si apenas nos movemos, si damos un sólo grito de guerra, y ya tiembla toda la fortaleza enemiga! Hay ejemplos que tenemos la obligación de seguir: fíjase en el que ofrece la Reconquista. ¿Qué hicieron aquellos antepasados nuestros, que se levantaron en la cordillera Cantábrica y Pirineica? Bien pocos eran, sitiados estaban por las huestes del invasor, que amenazaba á la cristiandad y había logrado invadir toda la Península; no tenían más que una cruz demadera, ni más catedral que las selvas, y allí levantaron sobre la roca un altar, adoraron á su Dios, y con porfiado esfuerzo rompieron el cerco, rescataron la tierra, y gracias á su espada vivimos todavía sin turbante. Pero no todos hicieron así: también hubo pesimistas, doctrinarios... los *muzárabes*, que se quedaron con los dominadores y fueron sojuzgados y sometidos por ellos, y que tuvieron que esperar á que los *intransigentes* de las montañas los libertasen al dilatar sus fronteras, ó al ir á socorrerlos, como Alfonso el Batallador.

¿Vamos á seguir el ejemplo de los *muzárabes*, ó vamos á seguir el ejemplo de los que pelearon para reconquistar el suelo de la Patria? Así hay que pelear y luchar, teniendo ese ideal delante de los ojos para no dejarse amedrentar por lo adverso de las circunstancias. Nuestros enemigos cuentan sus victorias por el número de nuestras transacciones; no tienen más suma de energías que la suma de las debilidades que tenemos nosotros. No sé de ningún pueblo católico que haya luchado con tesón y que haya sido vencido. En la historia se dice: es que los malos parece que vencen siempre: sí, pero es cuando los buenos lo hacen mal; no conozco una sola página en la historia en que hayan sucumbido, cuando han puesto la voluntad á la altura de su causa; y es que la cobardía, la que está del lado de la buena intención, es peor que la que se pone del lado del mal, porque no sólo no solicita la gracia de lo alto para poder combatir, sino que se hace indigna de ella, lo que es servir al mal. Es necesario que pensemos mucho en una catástrofe que estallará; la considero de tal manera cierta, que cuando miro hacia lo porvenir creo más en este hecho futuro que en muchos de los pasados. Por eso, combatiendo el pesimismo, empiezo por anunciaros una desventura y una desgracia, porque sé que esa noche,



cada vez más próxima, no será una sombra que borre los resplandores de nuestro ideal, sino el preludio de un nuevo día, un sueño lúgubre, que se desvanecerá al despuntar en el horizonte las luces de una espléndida aurora. (*Larga ovación.*)

Fijaos á qué extremos de contradicción ha llegado el liberalismo preponderante; y á este propósito recuerdo un cuento que no hace mucho leí en una revista popular; en ella se decía muy ingeniosamente que un viajero había llegado á una ciudad extraña y había observado una cosa singular; dentro de un gran laboratorio había una multitud de intelectuales y sabios que estaban inoculando el virus rabicus en una muchedumbre de perros; preguntó el viajero á uno de los doctores que por qué hacían aquello— En uso de nuestra libertad;—¿pero es para hacer algún experimento científico? ¿Y qué hacen ustedes con estos perros después de inoculados? Los dejamos libres. ¿Libres?... Sí, sólo en el caso extremo en que muerda á alguno es castigado el perro. Es la libertad, primero de inocular la rabia y la libertad de salir á morder, la ley, el castigo, esperan hasta que muerda el perro, entonces salen de su reposo. ¿Y no sería lo racional empezar por prohibir la libertad de inocular la rabia y la libertad de morder? (*Muy bien.*)

Señores, cuando se llega á esa libertad absoluta y absurda, un Estado que no sabe defender ni guardar el derecho. ¿para qué sirve? Pues cuando el Estado se olvida de esa misión y proclama que son lícitas las propagandas más absurdas contra la propiedad, contra la familia, contra las nociones mismas del derecho y de la moral, añade: mientras no trasciendan á la práctica en hechos materiales, el Estado no tiene nada que ver con las doctrinas y pueden pasar por santos los que se llaman anarquistas teóricos; cuando eso sucede es que se supone previamente que la persona humana se ha dividido de un tajo en dos mitades, es que se quiere que los entendimientos puedan tener cierta doctrina y que esa doctrina sea de tal naturaleza que obre separadamente, sin comunicación y sin influencia sobre la voluntad y que la voluntad no mueva el brazo, y mientras los sofistas no cambien la naturaleza humana la idea influida en la inteligencia y la inteligencia en la voluntad, que es la que, empujando los brazos, hace que en último término estallen las bombas por las calles. (*Aplausos.*)

### Conclusión.

Necesidades imperiosas me impulsan á salir hoy de Barcelona; no lo hiciera si esas circunstancias no me obligasen á ello: sin embargo, sobradamente sabéis que espiritualmente con vosotros quedo. No he de hacer afirmaciones deo siempre á los hechos; ellos hablan mejor que las palabras y son más elocuentes. Siempre (y ya lo sabe la minoría regionalista) me considero para todos los actos en que pueda en el Parlamento

hacer algo por Cataluña como si fuese diputado, no tan sólo por Barcelona, sino por cualquiera de los distritos catalanes. (*Aplausos.*)

No ahora, sino hace bastantes años, desde los albores de mi juventud y sin dezmayar un solo instante he sido defensor acérrimo de todos los principios religiosos y regionalistas, y en mí encontraréis cada día con más ardor la defensa de esos principios. Donde quiera que yo esté y se pronuncie una palabra que pueda molestar esos sentimientos del pueblo catalán, allí estará con toda el alma mi protesta más enérgica. (*Grandes aclamaciones al apóstol del regionalismo.*)

Os agradezco á todos estos obsequios que yo no merezco; si son tributados á la buena voluntad, todos los acepto; pero si son tributados al mérito, todos los rechazo. Os agradezco todos estos obsequios, todos estos elogios; todo es para mí un nuevo estímulo para la lucha. [Todo lo que soy lo he ofrecido, lo he puesto como en holocausto á la bandera que defendemos. A esa bandera, decía un día mi amigo D Salvador Morales, debemos consagrar tres cosas: la inteligencia, la voluntad y el dinero; yo he puesto á su servicio la poca inteligencia que tengo y la mucha voluntad, y no he puesto el dinero porque no le tengo, pero se lo consagraría si lo tuviera, porque le he consagrado la vida, que vale algo más. (*Aplausos.*)

No quiero decir, ya para terminar, más que en muy breves palabras lo que quiero que sea expresión de mis últimos sentimientos. Tengo como la obsesión de esta lucha en que tendremos que intervenir. Veis aquí á estas señoras que son no sólo el esplendor de Cataluña sino la representación viva de la mujer española, y el aliento para toda suerte de combates. ¡Desgraciada la causa que no cuenta en su defensa con la mujer!, ¡que pronto morirá!, y ved que la revolución no nos ha podido robar la mujer; ante la imagen de la mujer católica en el hogar, la revolución tiene que detenerse siempre. Ese ardor que aquí en Cataluña se siente mejor que en otras partes, pareceme que obedece al ejemplo heroico de la mujer, que os da también una cierta misión providencial, para la cual es preciso que os vayáis acostumbrando al estallido de la bomba; es preciso que os vayáis templando para entrar en nuevos combates; es necesario que estéis más fogueados para que nos deis el ejemplo. (*Aplausos.*)

Brindo por la mujer catalana, y brindo por Cataluña, y al brindar por ella deseo vivamente que llegue un día en que presenciemos, humedecidos los ojos, con un grito de júbilo en los labios, á la muchedumbre victoriosa de los nuevos tercios trepar, mezclando las boinas y las barretinas por las montañas de Monserrat, aclamando en nuestro Caudillo al conde de Barcelona, que vaya á ofrecer su espada á la Virgen y á abrir sobre su altar, para que no se cierre nunca, el libro de vuestras libertades. (*Aclamaciones y ovación indescriptible, que duró larguísimo rato.*)



# DISCURSO

DE

## D. JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

EN EL CÍRCULO CARLISTA DE MADRID

CON MOTIVO DEL BANQUETE CELEBRADO EN SU HONOR

LA NOCHE DEL 27 DE ENERO DE 1907

### Homenaje á los principios.

El Sr. VAZQUEZ DE MELLA: Queridos amigos y compañeros, os agradezco desde lo más profundo del alma todas vuestras muestras de simpatía y adhesión por este homenaje—porque homenaje es, aun cuando el señor conde del Pinar haya querido atenuar la frase diciendo, con términos que la hacían aún más encomiástica, que eso sería impropio por la grandeza de la persona á quien iba dirigido y por lo exiguo de la manifestación (cuando precisamente alteraba los términos, porque exigua es la persona, y la manifestación es grande), debo deciros que este homenaje y todos los que recientemente he recibido en Cataluña, y aun antes que en Cataluña en otras regiones de España, me producen un sentimiento de tristeza, aunque os extrañe esta palabra y os parezca paradójica.

No me entusiasman estas adhesiones, no me entusiasman estas manifestaciones tan espléndidas. ¿Sabéis por qué? Porque (no hay en mis palabras, Dios que me ve lo sabe, ni sombra alguna de falsa modestia, que no sería más que hipocresía), porque me repugna todo aquello que tiende á las idolatrías personales, porque creo que en nuestra Comunión se exagera en este sentido, y hay una tendencia innata á levantar con exceso las personas, cuando no se deben levantar á esas alturas más que los principios, que son inmortales; las personas pasan, son sombras fugaces, ellas sin los principios no son nada, y hasta cuando los principios se encarnan en las dinastías y en los reyes, éstos no son sino personificación transitoria de aquéllos, y así cuando decimos ¡viva el Rey!, lo decimos en la manera tradicional, refiriéndonos, no sólo á la persona, porque simboliza y representa los principios, sino á la institución, que vive y permanece siempre; porque nosotros miramos la Monarquía como la historia de un individuo, consideramos toda la dinastía y toda la estirpe como si no fuese más que la historia de una persona, que va pasando y viviendo y representando en cada momento de la historia, con sus virtudes personales, con sus

grandeas históricas, algo de lo que representan nuestros principios (*Muy bien, muy bien*), pero no llegando á confundirla y á identificarla con ellos; que poniéndolos muy altos y por encima de toda suerte de personas, aun de los propios reyes, es como se rinde mejor acatamiento á la majestad soberana de esos grandes principios, que no pueden encarnar de una manera definitiva en las personas sin sufrir en su misma majestad detrimento. (*Aplausos.*)

Y si digo esto refiriéndome á las más altas representaciones históricas, ¿qué habré de decir de la mía tan exigua, tan modesta, que vuestros elogios excesivos me abrumen hasta el punto de que casi se me anuda la garganta cuando quiero protestar contra esta suerte de homenajes que no merezco?

### El cumplimiento del deber.

Pero no es esa sólo la causa de mi tristeza; otro sentimiento la produce. ¿Qué he hecho yo? Cuando examino mi vida y me recojo en mi interior y veo lo que he realizado y aquello que pude además realizar, encuentro gran desproporción entre ambas cosas, y me acuso, y exclamo: he podido hacer más de lo que he hecho; y aun luego, examinándome nuevamente á mí mismo, digo: todavía puedo hacer mucho más de lo que he hecho y de lo que no he hecho; y al juzgar en mi conciencia esta conducta mía, y ver hacia atrás los hechos que dejé sin realizar, y delante los que puedo realizar todavía, me siento agobiado y oigo una voz que me dice: has sido indolente, has sido flojo en la acción, has tenido una pereza que ha enervado muchas veces tu voluntad... (*No, no. Aplausos.*) Sí; he podido hacer más; dejadme hacer esta especie de confesión pública ante vosotros; no la ahoguéis con vuestras protestas y vuestros aplausos; todavía he podido hacer más y no lo he hecho. Pero aunque así no fuera: imagináos que he cumplido completamente con mi deber. ¿Y qué? El cumplimiento del deber ¿merece esos galardones? ¿Hemos llegado á una época en que el



heroísmo, que es flor escogida que nace sólo en donde moran los excelsos, los privilegiados, los que están en la cumbre, los que siempre serán minoría social, hemos llegado al punto de abajar esa flor, para colocarla al nivel de los que no hacen más que cumplir rudimentariamente el deber? Si eso fuera así, ¡desgraciada Comunión tradicionalista, desgraciados de nosotros! Al que cumple el deber rudimentario, no hay más que decirle: eres un soldado leal, has estado en tu puesto, no has desertado de él; pero ¿para quién guardáis las coronas y los laureles, si ya consideraréis como heroísmo el mero cumplimiento del deber?

No, señores; hay que poner límite á esos elogios, que pasan de la medida; yo no he hecho más que lo que he dicho: cumplir con mi deber, si es que á ello he llegado; y si tales elogios mereciera yo por cumplirle, y aun no en la medida de mi deseo, entonces ¿qué se podría decir de los que no los merecieran? No; hay que guardar las coronas para los héroes el día del triunfo, para los que lleguen á las cumbres, para los que pertenecen á esa minoría privilegiada y excelsa; yo hasta ahora no he hecho más que, lo repito, cumplir rudimentariamente mi deber; no merezco, pues, esos galardones; y por eso permitidme que cortésmente, benévolamente, agradeciéndolos en lo más íntimo del alma, los rechace, me desvíe de ellos y sólo después los recoja para ofrecerlos á los principios que nosotros representamos, á la Causa por que combatimos y luchamos, y al que la representa en el destierro. (*Aplausos.*)

### Entusiasmo y valor de los carlistas.

Yo no vengo aquí á recibir laureles, apenas los he conquistado. Vengo á este campamento, porque considero siempre al partido, á la Comunión carlista, como un gran campamento, y creo que ésta es como una de sus tiendas de campaña en la que están mis camaradas, aquellos que han de luchar y combatir conmigo, y vengo aquí porque he tenido la suerte que ellos no han logrado en estos momentos, no de haber combatido mejor, no de haber luchado más, sino de haber estado en otro extremo de la línea de combate en donde se han oído algunas descargas de los enemigos, y sin ostentar ningún laurel sobre la frente, sin llevar ninguna cruz sobre el pecho, llego á la tienda de campaña á relataros lo que otros han hecho, que no es más que decir que en esa línea, que ha sentido los tiros del enemigo, hay un gran entusiasmo, hay una juventud valerosa que pelea con tesón y con heroísmo, en las calles y plazas ante las bombas de los ácratas y ante las descargas de los malhechores, protegidos por las autoridades que hasta los malhechores descienden. (*Aplausos.*)

Hace poco tiempo pasaba por delante de mis ojos el maravilloso cuadro que ofrecía esa Navarra, que evocaba tan elocuentemente el Sr. Salaberry. Allí, 50 ó 60.000 hombres pasaban por la Plaza de los Fueros; era una inmensa y admirable multitud. En todos los corazones ardía una sola llama, en todos los labios había una sola

voz; es claro que de aquellos 60.000 católicos, la inmensa mayoría, la casi totalidad, si no llevaban la boina sobre la cabeza, llevaban en el corazón lo que ella simboliza. No hubiera habido más que decir una sola palabra á aquellos hombres y hubiesen cogido, de tenerlos á mano, los fusiles para pasar el Ebro y venir á establecer aquí lo que nosotros amamos.

Poco tiempo después, en San Sebastián, se celebraba un mitin espléndido y magnífico; en aquella ciudad, que otros Poderes han escogido como si fuera una corte veraniega, en la Plaza de Toros se reunió un mitin, y nuestros amigos, en medio de una lluvia torrencial, que no sirvió para apagar sus entusiasmos, demostraron la ardiente fe de Guipúzcoa.

Apenas habían pasado unos días, allá en Bilbao, en la ciudad que antes se consideraba ciudadela invicta del liberalismo español, 60.000 católicos, y la masa inmensa, por supuesto, de carlistas, recorría las calles, aterrando y consternando á todos los anticlericales, que creían que porque gritaban eran ellos los más, y al ver desfilar aquel verdadero ejército que se concentraba en las plazas y calles de Bilbao, los anticlericales se refugiaban aterrados en sus antros, y desde allí pensaban con tristeza y con dolor que aquellos que antes habían coronado las montañas, estaban ya dentro de la ciudad que ellos habían considerado como ciudadela inexpugnable. (*Aplausos.*)

### Los sucesos de Barcelona.—Homenaje á las mujeres catalanas y á la Juventud carlista.

Y ahora vengo de Barcelona, de la ciudad condeal, de la más espléndida de las ciudades españolas, de la primera de las ciudades peninsulares, de la reina del Mediterráneo, porque ninguna otra de sus costas es comparable con ella, ni en grandeza, ni en belleza, ni en esplendor. En esa hermosa Barcelona se dieron cita, no todos, ni muchos, pero sí algunos de los carlistas catalanes; y fué tan magnífica la manifestación, que, saludada con simpatía, cuando no con respeto, por todos los partidos y por todas las clases, sólo un puñado de ácratas y de malhechores, que ni ácratas siquiera llegaban á ser, un puñado de malhechores, protegidos y amparados por la flamante policía barcelonesa, de una manera aleve, al salir del mitin, y puesta la autoridad de su parte, porque la anarquía, como he dicho, está allí al servicio de la autoridad y la autoridad muchas veces al servicio de la anarquía, trató de asesinar desde un terraplén que se levantaba cerca de la puerta principal de la Plaza de Toros, á los primeros manifestantes y á la muchedumbre entusiasta que los seguía; pero apenas repuestos, en el momento mismo en que se oyeron las descargas y vieron caer algunos amigos, se precipitaron como leones á tomar la trinchera; y entonces, la fuerza pública encargada de mantener el orden, entendiéndolo á la manera liberal, descargaba los sables sobre los agredidos y dejaba impunes á los agresores.

Marchábamos nosotros por el paseo de Gracia,



y junto á la calle de Borrel, un minuto después de pasar nuestro coche, fué la segunda acometida de los bárbaros y la admirable y resuelta contestación que les dieron los nuestros, llegando á ametrallarlos, como lo testifican los muchos bazos que han dejado sus huellas en la Casa del pueblo. Allí, ante las cargas de la caballería sobre los nuestros, era cosa admirable ver á aquella heroica juventud que no corría ni se dispersaba, sino que, con la pistola en la mano, se replegaba á un lado de la calle dispuesta á combatir de nuevo. Nunca olvidaré que cuando en el Círculo carlista, á la noche siguiente, después de haber hablado yo, decíase que había grupos hostiles en la Rambla, y que iban á disparar una bomba, aquellas admirables mujeres catalanas, ni ante el peligro de las bombas y de la metralla vacilaron un instante en acompañarme á todas partes; no olvidaré nunca que cuando descendían las escaleras del Círculo, sonrientes y con increíble serenidad, no se oían más que los gatillazos de las pistolas que iban montando los chicos de la Juventud, que salían á la puerta para ver si había grupos hostiles que quisieran combatirnos y contestar á sus descargas. Digo que no hay cosa más hermosa y heroica que esa juventud, que es la nueva savia del partido. Lo dije en los salones del Círculo carlista, pero quiero repetirlo aquí: cuando las causas mueren, no tienen una juventud que se agrupe á su alrededor; son entonces como árboles caducos, sin más vestidura que hojas secas y marchitas que anuncian un invierno perpetuo, y no ostentan lozanos brotes y renuevos, por haberse agotado ya la savia que circulaba por su tronco.

Entonces no se ven más que ancianos que recuerdan con tristeza y dolor los días en que lucharon y combatieron, y á sus ojos asoma la rabia aun más que las lágrimas al ver que nadie los sigue, que su esfuerzo ha sido estéril, y que han de resignarse á ver cómo se extinguen sus ideales, porque no hay una juventud que siga con ardor su ejemplo.

Pero no es eso lo que ocurre en nuestras filas: en Barcelona, cuando hablaba en el mitin, desde la tribuna, veía siempre delante de mí, aplaudiendo frenéticamente, á mil estudiantes católicos, y cuando dirigía la palabra en el Círculo carlista, en los varios salones que se dominaban desde el punto donde hablaba, apenas distinguía una cabeza cana; no se veían más que rostros juveniles, y en todos ellos se mostraba el deseo de combatir, el ansia de luchar; siempre noté—y esto me agradaba sobremanera, y es la impresión más risueña que traigo de Cataluña—que no había la menor sombra de pesimismo en aquellas frentes juveniles; miran tranquilos el porvenir, y no se arredran por los tiros ni las bombas de los enemigos entre los cuales viven; se han habituado de tal manera al peligro, que parece que desean como la cosa más sencilla, como el pan cotidiano, probar en la defensa de sus principios la maravillosa energía que caracteriza á la gloriosa raza catalana.

### Carácter de la protesta catalana.

Al venir con este recuerdo á Madrid, sede del centralismo, quiero que mis palabras sean vehículo que expresen mis sentimientos de admiración y gratitud á esa admirable Cataluña, la cual, no sólo pelea en las avanzadas contra el centralismo del Estado, que va asesinando á las regiones españolas, y quiere matar hasta el recuerdo de sus gloriosas tradiciones, sino que lanza su protesta ardiente y viril con indignación, allí enérgicamente sentida contra todos los desafueros: bien claramente lo demuestra el mitin que iba á celebrarse en Reus, pues, aunque prohibido por las autoridades, no pudieron éstas impedir que se realizase una espléndida manifestación en las calles de aquella ciudad, considerada como la Meca del liberalismo. Demuestra, digo, el vigor de aquella raza, no sólo su constante lucha contra el centralismo en defensa de las libertades regionales y las tradiciones históricas, sino su protesta, cada vez más viva, contra todos esos jacobinismos á que aludía la carta, tan entusiasta, que hace poco nos leía el señor conde del Pinar, de nuestro distinguido amigo el ilustre profesor Sr. Feliú.

Contra ese jacobinismo, contra ese liberalismo, contra la invasión absurda del Estado en los dominios de la Iglesia, se siente hoy más enérgica y viril que nunca en toda Cataluña una protesta unánime. Por eso allí los católicos, que por cierto á diferencia de los de otras regiones no suelen sentir simpatía ninguna y muchas veces sienten indiferencia, y acaso aun más que indiferencia, hacia ciertas instituciones, los católicos de Cataluña son los que se conciertan tan fácilmente y tan amorosamente con nosotros para esta clase de protestas. Eso quiere decir que cuando llegue la plenitud del tiempo revolucionario no habrá entre esos católicos y nosotros ni la menor divergencia, ni la diferencia menor; todos ellos se juntarán como en un haz al lado de aquella bandera que ha permanecido en España, á pesar de todas las tormentas y tempestades, tremolada por una mano vigorosa que no la ha rendido jamás, ni en el infortunio ni en la desgracia, ante los altares de la revolución, porque no se inclina más que ante los altares de Cristo. (*Aplausos.*)

### El proyecto de ley de Asociaciones.

Estas manifestaciones han sido contra el proyecto de ley de Asociaciones. No merecía tan menguado proyecto manifestaciones tan grandes. (*Risas.*) Pero ese proyecto es un síntoma de una guerra, de una lucha, es un síntoma de algo que existe, aunque no en el fondo de la sociedad española, porque esos cuerpos extraños no se incorporan nunca á su organismo, sino que están de manera errática, como pueden estar esos cuerpos en organismos que los rechazan vigorosamente; pues la revolución en España, ya lo he dicho, es artificial, no es orgánica, nunca ha podido infiltrarse en nuestra sangre, es un cuerpo extraño y artificial. Pero, en fin, esos elementos que representan la ley de Asocia-



ciones, y otros que les son semejantes, que han logrado cierto albergue en la sociedad española al amparo de las Constituciones liberales, han procurado anidar en la cátedra, en la Prensa, han llegado al Parlamento, han ascendido al Poder, han sido consejeros, han formado parte de ese Estado y de esos Poderes oficiales que sufrimos, y ellos son los que desde allí, pensando que había llegado el momento y la hora, suponiendo que nuestra inercia era completa, nuestro letargo absoluto, ó que habíamos muerto ya, han creído que desde esas alturas del Poder y del mando podían lanzar la piedra contra la Iglesia, podían intentar forzar la puerta del templo para saltar al altar.

Era la consigna universal de las logias masónicas; en vano será ya que nadie lo niegue, en vano será que se ponga en duda que todas esas logias comprendidas y enlazadas por su único vínculo, que es la *Liga universal israelita*, han dado el santo y seña á todas las avanzadas de la revolución para el asalto de la Iglesia en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del siglo XX. Creían que estas naciones latinas, que son las que han sufrido más la desgracia y la desventura de sentir punto menos que abandonada la fe de los creyentes, sino de las sociedades, por lo menos de los Poderes oficiales de los Estados, creían que habían llegado aquella sazón revolucionaria preparada por dos siglos de herejías y por un siglo de liberalismo, para que pudieran esgrimir el puñal de la logia, y en vez de la cruz de Cristo, quedase el triángulo y el mandil como el único signo de una sociedad apóstata, que habría suumbido para siempre al apartarse de su gloriosa historia y renegar de Cristo, volviéndole la espalda para abrazarse con el ateísmo, que ni siquiera se encuentra á pesar de las fantasías de ciertos viajeros y sociólogos en las últimas tribus de los más degradados salvajes. (*Aplausos.*)

### **La Iglesia y las Ordenes religiosas. Admirables argumentos. — Contradicciones esenciales del liberalismo.**

Eso era el proyecto de ley de Asociaciones. Ya sé que nuestros ecléticos y doctrinarios y nuestros famosos anticlericales, que ni siquiera tienen valor ni osadía para negar como sectarios ni para afirmar como afirman los radicales de otras partes, ya sé que ellos se indignan cuando nosotros decimos: el *anticlericalismo* no es más que una *careta* y un disfraz del cual os servís para combatir á la Iglesia. — No se trata en manera alguna de descatorizar á España — contestan. — Esa idea obedece á que generalmente se confunde la cuestión clerical con la cuestión religiosa. Nosotros, dicen, al combatir al clericalismo, de ninguna manera atacamos á la Religión, ¡Dios nos libre de ello!; combatimos únicamente la *invasión* de la Iglesia en el Estado; no pedimos más que *emancipar* la jurisdicción y potestad civil de esas invasiones, y una vez emancipadas, nosotros en manera alguna trata-

mos de combatir los derechos de la Iglesia. Pero mientras eso dicen, presentan proyectos como ese de Asociaciones, por cuyos principales artículos basta pasar la vista para ver de qué manera se combate, no ya un derecho de la Iglesia, sino todos los derechos de ella implícitamente negados al negarle uno esencial. ¿No habéis oído cómo para defender ese proyecto se apelaba á estas extrañas afirmaciones de que las Ordenes religiosas no son esenciales á la Iglesia; que la Iglesia podría vivir sin las Ordenes religiosas, y, por lo tanto, que se las puede combatir, limitar, prohibir, sin por eso tocar al sagrado recinto de la Iglesia? Que la Iglesia puede existir sin Ordenes religiosas, es verdad, absolutamente hablando; puede existir así; pero sin lo que no puede existir la Iglesia es *sin el derecho á establecerlas.* (*Muy bien.*)

Desde el momento en que un Estado las limite ó las prohíba y se reconozca públicamente esa facultad, se atenta contra ese derecho sagrado de la Iglesia. Para negar á la Iglesia el derecho de establecer y propagar las Ordenes religiosas, hay que sostener una de estas afirmaciones: primera, que no existen los *consejos evangélicos*, y segunda, que esos consejos se han dado, pero que nadie tiene derecho ni libertad de seguirlos. En el primer caso se niega el Evangelio y la Iglesia misma, que durante cerca de dos mil años ha estado afirmando con testimonios que no han podido ser negados ni aun por los exégetas de la escuela de Tvinga, los textos del Evangelio, y la Historia, que dice que siempre se han practicado desde Jesucristo en el mundo. Y si se afirma que esos consejos se han dado sólo teóricamente, sin que nadie deba seguirlos, sin que nadie piense en seguirlos, ¡ah!, entonces casi se arguye de ineptitud á la humanidad, no ya á la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque ha dado consejos inútiles y vanos que nadie habría de seguir. Mas si, por el contrario, se afirma que esos consejos existen y que hay derecho á seguirlos, entonces es preciso reconocer que la Iglesia tiene derecho a establecer las Ordenes religiosas, en donde esos consejos evangélicos se realizan y se hacen manifestos y visibles. Para negar á la Iglesia ese derecho, es preciso reconocer antes en el Estado este otro: el de prohibir y limitar las Ordenes religiosas; y si el Estado tiene este derecho, la Iglesia no tiene el de establecer esas Ordenes, y si la Iglesia tiene el derecho de establecer esas Ordenes, el Estado no tiene el de prohibirlas. De modo que para afirmar las dos proposiciones, hay que afirmar que hay derechos contradictorios, lo cual es negar la esencia misma del derecho. (*Aplausos.*)

Y negado ese derecho esencial de la Iglesia no hay razón para no negar los demás, suprimiéndola al someterla al Estado, que es lo que se trataba de ocultar.

Pero, señores, singular proyecto aquel que indica además la crisis honda que mina por su base todo el principio liberal, porque hemos llegado á una época en que el liberalismo está radicalmente en crisis. Las contradicciones inter-



nas que antes no eran del todo visibles, se hacen á la hora presente manifiestas. Observad estas tesis que á un tiempo mismo se sostienen: por un lado la afirmación neta, pura, de liberalismo radical, de que el Estado es *interconfesional*, según la frase bárbara que emplean para designar el Estado indiferente y ateo, el Estado laico, el Estado que no profesa religión alguna, y que como consecuencia dice: yo no sé nada de lo que se refiere al orden religioso y al orden moral; ignoro todo eso, y como no sé cuál es la verdad religiosa ni la moral, os dejo en absoluta libertad, y podéis asociaros, y podéis seguir con el pensamiento, ya en la cátedra, ya en la tribuna, ya en la Prensa, en todas partes, aquella idea religiosa ó moral que más os cuadre, aquella que mejor os parezca, ó no seguir ninguna.

Este conjunto de libertades está inscrito en el frontispicio de todas las Constituciones modernas con los nombres de libertad de pensamiento, libertad de enseñanza, libertad de asociación, libertad de cultos, las cuales se reducen en último término á esta sola negación: no existe un conjunto de relaciones naturales y sobrenaturales que ligen al hombre con Dios.

Si existiera ese conjunto de relaciones y además, el órgano social que las aplique y las interprete, de una manera infalible (porque, de otro modo, ellas serían causa de divisiones y discordias, y no fuente de unidad); habría un límite para la libertad de pensamiento, para la libertad de conciencia, para la libertad de cultos, y no podría salvarse esta barrera, que sería muralla de toda potestad privada y pública.

Pero como el Estado liberal niega ese conjunto de relaciones naturales y sobrenaturales entre el hombre y Dios, y al órgano social que las interpreta, exclama: «Yo reconozco todas esas libertades, porque no afirmo ninguna creencia ni ningún principio religioso.» Y después establece esta negación sustancial en la cumbre del Estado, de que es consecuencia ese principio: «Yo no entiendo nada—dice—en materia religiosa; para mí no existen esas relaciones del hombre con Dios; las ignoro todas; no reconozco las relaciones morales.»

No voy á combatir ahora esta tesis negativa y absurda; pero ved, en cambio, la afirmación que sustenta al mismo tiempo: «Yo tengo el derecho—dice—de examinar mis relaciones con la Iglesia; tengo el derecho de señalar á la Iglesia el límite donde termina su jurisdicción y donde empieza la mía; tengo el derecho de fijar cuáles son los deberes y derechos de los ciudadanos; tengo el derecho de invadir el campo de la Iglesia, de invadir la esfera religiosa, y de combatir, en nombre de la civilización, del progreso y de no sé cuantas cosas más, todo eso que llamo oscurantismo y clericalismo...», representado, por cierto, por la única maestra que hasta ahora ha conocido la civilización en el mundo.

De un lado, libertad absoluta para todas las creencias, porque el Estado que se considera inepto, ignora todo lo que á esas creencias se refiere; y por otro lado, invasión de los dominios donde esas creencias se manifiestan y refle-

jan; y el Poder rige y limita el culto, puede penetrar en la jurisdicción de la Iglesia, fijaros vuestra legislación sobre el matrimonio, sobre cementerios, sobre todas las relaciones humanas en la familia y fuera de la familia; y llegará, como en Francia, en nombre de la libertad de cultos, á proscribir el culto católico, que es el de la mayoría de los franceses. (*Muy bien.*)

Veréis al mismo tiempo cómo ese liberalismo añade: «Como yo no entiendo nada de lo que se refiere al orden religioso, al orden moral y al fundamental jurídico, yo, que permito en el orden especulativo toda suerte de libertades, me veo forzado á admitir esta conclusión, que es axioma de las escuelas liberales: *no hay delitos de opinión*. A nadie se puede perseguir por sus opiniones; y los ácratas, los más osados entre las varias escuelas anarquistas, pueden negar todos los fundamentos sociales, predicar la disolución social, negar el Estado, el derecho de propiedad, el orden moral, la libertad humana; pueden negarlo todo en uso de esa absoluta libertad, que, por lo menos en el orden especulativo, se reconoce á todas las doctrinas en las escuelas liberales.

Pero una vez afirmado este principio, después de establecida esta doctrina, os presentará un proyecto de Asociaciones, en el que se prohíbe de antemano, aun antes de existir, toda Asociación que no se acomode á los preceptos fijados por la ley. Es decir, libertad absoluta para la persona individual en el orden especulativo; pero la persona social y colectiva, *aun antes de existir*, antes de formular su opinión, está ya *previamente* condenada por una ley que no castiga los delitos de opinión, y que además rechaza todos los sistemas preventivos. (*Atronadores aplausos.*)

### La muerte del proyecto de Asociaciones. — Paralelo entre los liberales y los sarracenos.

Pero, señores, en el momento en que os hablo no quiero combatir este proyecto, porque ha muerto, y no combato á los muertos; no de mos lanzadas á un cadáver. Mas si ese proyecto está muerto, no lo han matado los conservadores; como ha dicho aquí muy bien mi querido amigo el señor conde de Rodezno, han sido esas muchedumbres carlistas y católicas las que le han derribado y le han hecho morir en sus mitins. Yo había dicho, y mis palabras resultaron proféticas—sin que tenga don de profecía—que en el mitin de la Plaza de Toros de Barcelona había de morir, que el escudo de las barras sangrientas de Cataluña iba á ser la lápida de su sepulcro, y así fué: ha muerto ese proyecto á impulso de esas muchedumbres que de su letargo despertaron; ha muerto, no á manos de escuelas doctrinarias ni del partido conservador. Podemos decirlo con jactancia y con orgullo: ese proyecto ha muerto á nuestras manos. (*Aplausos.*)

Y cuando os hablo de los partidos liberales recuerdo los hermosos versos, hermosos desde el punto de vista poético, falsos desde el punto de



vista del elogio desmesurado que iba dirigido á mi persona, de nuestro querido amigo el admirable poeta Gabino Gutiérrez; recuerdo que en ellos comparaba con los musulimes á los liberales, y aun decía que eran más audaces estos liberales de ahora que los musulimes de entonces; y cuando nuestro amigo leía esos versos, pasaba por mi memoria el recuerdo de una de las empresas más grandes de nuestra Patria, la Reconquista, y me fijaba en un punto evocado por la voz del poeta, en aquel que se refiere al Califato de Córdoba, y pensaba yo: tiene razón, estos liberales nuestros son más osados, son más audaces, y con relación á la Iglesia niegan más que los sarracenos de entonces; y evocado desde el fondo de mi memoria pasaba ante mí el recuerdo de aquella época del Califato. Hoy los modernos historiadores han demostrado que no fué tan fácil como en un principio se creyó la invasión de los berberiscos, porque árabes vinieron muy pocos; no fué tan fácil, puesto que hubo combates en Ecija, en Sevilla, en la sierra de la Estrella, en Mérida y en Segoyuela cerca del Tormes, donde se cree que murió don Rodrigo, que no pereció en Guadalete ó Guadibeca, y así fué durante la resistencia en algunos puntos hasta que se alzaron casi á un mismo tiempo, primero en Covadonga y después en las otras vertientes pirenaicas, para rechazar á los conquistadores, los antepasados nuestros. No fué, pues, tan rápida como se ha creído la invasión; duró siete años el combate, y á pesar de que Toledo se declaró punto menos que independiente durante cerca de un siglo, á pesar de las su blevaciones de Muruen, y del reinado los Benicasin de Aragón, todavía en gran parte la muchedumbre católica que permaneció entre los invasores, ya sojuzgada por ellos, como los *mudárabes*, pero conservando cierta independencia, ya aquellos otros que confundían su sangre con los dominadores, como los *mudábes* y los *renegados*, gozaron de una libertad que ya quisieramos nosotros en estos tiempos liberales. Hubo, es verdad, una década sangrienta, en tiempo de Abderramán II y Mohamed I; pero comparada con la década progresista y veréis que es inferior á ella. (*Muy bien.*)

Allí no se mataba más que por maldecir públicamente á Mahoma, y aquí, por adorar dentro del templo á Jesucristo, se realizaron las matanzas de los Religiosos en el año 1835. Eran aquellos Omeyas fanáticos hijos de Mahoma, que profesaban la sentencia coránica de que la cimitarra es la llave del cielo, y á pesar de eso, sólo en aquella década á que me refiero hubo un paréntesis en la tolerancia que imperó en el Califato, que puede admitir con ventaja la comparación con la década progresista y sangrienta que se inauguró con la matanza de los Religiosos. Y fuera de aquel paréntesis, ¿cuándo habéis visto aquí cosa semejante á lo que sucedía bajo el imperio mismo del Califato de Córdoba ó bajo el emirato independiente? Allí se gozaba con el *defensor*, con el *exactor*, con el *conde*, con el *juez*, hasta de privilegios de fueros en lo que pudiéramos llamar ahora órdenes administrativo, económico y judicial. Tenían más: tenían el culto,

no privado, sino público; público, como no se quiere reconocer hoy en Francia; público, como por la acción de los acratas y de los malhechores en algunas ciudades españolas (bien visible y bien reciente está el recuerdo), no se nos reconoce á nosotros; culto, no sólo con entierros, con procesiones públicas, y aun más con el toque de campanas, y se permitía también á los católicos la libertad de enseñanza para difundir la doctrina católica, como lo hacían en su escuelas el Abad Sperain Deo y el Abad Sanson, así los en donde se refugiaron los últimos destellos de la ciencia Isidoriana.

Hoy nuestros profesores, y aquí á mi lado (señalando al Sr. Barrio y Mier) tengo á uno de los más ilustres, tienen que combatir en la cátedra constantemente la acción corrosiva de otras enseñanzas para que no se apoderen ellas por completo del alma de la juventud, y no gozamos de la plenitud del derecho de enseñanza de que gozaban en aquellas escuelas los maestros católicos, los vencidos, los oprimidos muzárabes, durante el Califato de Córdoba. Y ¡oh intolerancia musulmana que nuestros anticlericales maldecirían por reaccionaria, por ultramontana y oscurantista!, al lado de Córdoba, capital del Califato, en sus montañas y en su sierra, se levantaban como el Tibonense unos *ocho Monasterios*; y ¡caso inaudito y notable!, los conquistadores sarracenos y musulmanes, también comparados á los liberales y llevándoles ventaja (como decía con mucha razón el Sr. Gutiérrez), habían hecho una cosa que ahora se consideraría esencialmente reaccionaria, y por supuesto *atávica* y *medieval*. ¿Sabéis cuál? La de que estuviesen *exentos los monjes del tributo de capitación*, y fuesen igualados á los conquistadores, pagando sólo el *jarách*, que era la contribución territorial. ¡Los monjes equiparados á los conquistadores y exentos del tributo de *capitación*! Pero comparad al partido liberal que se dice católico y que quiere establecer una ley de Asociaciones para perseguir á las Ordenes religiosas y extinguirlas, con el Califato de Córdoba, donde florecen y son equiparadas á los que mandan, á los dominadores, y veréis que todas las ventajas están del lado del Califato, y todos los perjuicios, todos los inconvenientes, y, por tanto, todos los anatemas, están del lado de estas instituciones que llevan sobre sí el rótulo de católicas cuando en la práctica, como si quisiesen infamarle, aparecen contrarias al catolicismo. (*Aplausos.*)

### El partido liberal.—Luchas felinas.

Pero no quiero combatir á los muertos, y no sólo está muerto el proyecto de ley de Asociaciones, sino que también lo está el partido liberal que le ha engendrado, aunque no se sepa quién es el mayor padre de todos los que engendraron ese feto. Ese partido liberal que acaba de bajar al sepulcro, ó á varios sepulcros, porque como se ha dividido en tantos pedazos es difícil que se puedan reunir todos en una sola tumba; ese partido liberal, observado bien, por sus luchas, por la estrategia que ha desplegado en estos últimos tiempos, por su táctica, por la indo



le de los combatientes, por las contorsiones nerviosas y hasta por las corrientes eléctricas que le han sacudido, no parece formado por una legión de políticos que estuviesen tratando de establecer un principio más ó menos absurdo en las alturas del Poder, sino que por todas estas razones, realmente más parecía un combate de gatos que de hombres y á la puerta de una despena. (*Risas.*)

Ese partido liberal, en medio de una irrisión general, ha caído de las alturas del Poder. ¿Por qué ha caído? Porque creyendo que ya el letargo punible de los católicos se había convertido poco menos que en un sueño perdurable, pensó que él podía, á falta de otra clase de programas, establecer aquí una parodia de programa jacobino francés. El liberalismo español, ya se sabe, como el latino y como todos, pero singularmente el peninsular, que es el más cerril de cuantos conocen (*risas*), no tiene nunca más que un programa puramente negativo, y pedirle que realice algo positivo en el orden social ó en el económico, es pedirle lo imposible. España está erizada de problemas que no intentará resolver ningún gobernante, ni doctrinario, ni radical, desde las alturas del Poder. Ahí está pavorosa la cuestión social. ¡Cuántos aspectos y cuántas facetas tiene! Es la *cuestión artesana*, de la pequeña industria de taller, es la *cuestión obrera* de la grande industria, es la *cuestión agraria*, es la *comercial*. Esos aspectos requieren soluciones distintas y una armónica y general que las comprenda á todas; es el asunto en que los sociólogos y pensadores contemporáneos se están ejercitando con largas meditaciones. ¿Sabéis que desde las alturas del Poder, como no sean las copias y los simples traslados en la *Gaceta* de los originales legislativos extranjeros, aunque sin eficacia alguna en la práctica, hayan intentado una solución que pudiera llamarse, como ahora llaman, de concordia entre las diferentes clases sociales, que amenguase los peligros de ese problema y fuese aprovechando aquella natural emancipación de los elementos proletarios en las peticiones que son justas, y al mismo tiempo fortificando todos los resortes sociales, afirmando la propiedad y los derechos de esas clases, muchas veces injustamente detentados en nombre de los intereses del proletariado?

¿Habéis visto algo que se parezca á la fórmula de lo que se llama *democracia cristiana* en otros pueblos, y en el que tanto trabajan los pensadores de nuestra escuela? Nada saldrá de las alturas en ese sentido; ni aun han podido concertar se ni ponerse de acuerdo, no ya acerca de la solución, pero ni siquiera acerca de las causas del gran problema, del problema pavoroso de la sociedad actual. Reivindican Cataluña, las Vascongadas y Navarra su personalidad; va sintiéndose en todas las regiones españolas la necesidad de emancipar su administración y su hacienda municipal y regional de la tiranía del Estado, y hay un gran problema que se refiere á las relaciones del Estado central con las regiones y Municipios. ¿Sabéis que hayan tratado ó intentado siquiera una solución en que la descentraliza-

ción no sea una palabra vana, que se inscribe en un cuadernillo de papel para después seguir practicando la centralización más abusiva y absurda de los caciques, de los que representan las ramas de ese árbol invertido, que tiene sus raíces en el Poder, y cuyos apéndices sombrean con la sombra funesta del manzanillo los Municipios y las regiones españolas? ¿Sabéis que hayan intentado algo en este orden? ¿Sabéis que siquiera hayan descompuesto ese presupuesto absurdo, falso, fantástico, con el cual vienen oprimiéndonos, que lo hayan dividido en 49 secciones correspondientes á las 49 provincias, ya que esa es, aunque ficticia, la única unidad administrativa que tenemos, á fin de que sepa cada una la partida de sus ingresos y de sus gastos, para ver por la diferencia que resta lo que consume, sin saber cómo ni en qué, el Poder central?

### El programa negativo del liberalismo.

No; no esperéis una solución positiva acerca de los problemas vitales que aquejan á nuestra sociedad: el liberalismo no las tiene; no tiene más que un programa negativo: el de vejar y perseguir á la Iglesia. Hay una fortaleza: la Iglesia; hay otra, que ha nacido debajo de ella y á su sombra: la España tradicional. Niega la Iglesia; niega la España tradicional punto por punto y ese es su programa; no tiene ni ha tenido nunca otro.

¿Y sabéis por qué? Fijáos en sus lemas: libertad de imprenta, ¿contra quién?, contra la Iglesia; libertad de enseñanza, ¿contra quien?, contra las enseñanzas de la Iglesia; libertad de cultos, ¿contra quién?, contra el culto católico; libertad de asociación, ¿contra quién?, contra las Asociaciones religiosas. Poned el límite religioso á todas esas libertades; decid: aquí hay una frontera para todas ellas; dadles la libertad de imprenta, la libertad del culto, la libertad de asociación, todas las libertades que se quieran, pero pidiendo que respeten esa frontera espiritual, que no ataquen los derechos de la Iglesia ni las bases tradicionales constitutivas de la sociedad española, y desde ese instante os dirán: esas no son nuestras libertades, sino las vuestras; no queremos más libertad que la necesaria para atacar todas esas cosas. Es la Iglesia la atacada; es la sociedad española la atacada; y esos programas negativos son los que se ofrecen á las masas, á las muchedumbres, para que las muchedumbres y las masas se levanten contra nosotros creyendo que llevan en sus labios, ya que no en el corazón, la fórmula de la civilización y del progreso, cuando en el corazón y en los labios no llevan sino la fórmula de la barbarie.

### Los cuatro lazos sociales.—El bes-tialismo de las doctrinas liberales.

De la barbarie, sí; porque las sociedades humanas no viven ni subsisten más que con *cuatro lazadas*, y sólo con ellas han subsistido siempre en la Historia: cuando una de ellas se quebran-



ta pronto, se quebrantan todas, y la sociedad perece ó se disuelve en la ignominia, ó gime bajo la espada de un conquistador. ¿Cuáles son esos vínculos? Ya he dicho que son cuatro. El primero de los vínculos, es *el religioso*; el segundo, es *el moral*; el tercero, *el jurídico*; y el cuarto, es el que se refiere á la *coacción externa* del Estado, á la fuerza pública, puesta al servicio del derecho, de la moral y de los principios religiosos. Proclamad la libertad tal como la proclaman las escuelas radicales, sin límites ni fronteras, y decid: «No reconozco un conjunto de relaciones naturales y sobrenaturales que ligen al hombre con Dios», y desde ese instante, puesto que no hay el deber de conformar la conducta pública ni privada, individual ni colectiva, con esas relaciones, Dios no existe, porque no puede existir si no tienen con él relación de dependencia absoluta todos los seres; y si no existe Dios, entonces no existe tampoco la persona humana, porque la persona no existe sin libertad, y la libertad perece cuando no hay más que una unidad absoluta que se determina en los individuos reducidos á meros accidentes y modos de una sustancia; ó cuando se considera que no existen más que *las leyes inflexibles de la materia*, el hombre no es más que un consiguiente fatal y necesario de los antecedentes, necesarios y fatales también, de la materia que le ha producido y engendrado; y si no existe la libertad humana, no existe tampoco *el orden moral*.

¿Cómo ha de existir la moral, si no puede haber ni *imputabilidad* ni *responsabilidad* en donde no existe esa libertad? Y si no existe libertad, ni Dios, no hay vida futura, termina todo en el presente; más allá del sepulcro no hay nada; igual perspectiva se ofrece para las acciones buenas que para las malas, para el protervo que para el virtuoso. ¡Qué virtud! Ese ya es un nombre que no puede existir, porque la virtud supone la libertad, supone la responsabilidad, supone la imputabilidad, y cuando no se reconoce sanción ninguna para el pecado y el vicio, ni existe la libertad de realizarlos, la moral no es más que una palabra vacía, y cuando la moral no existe, ¿qué será el derecho? ¿Qué *libertad jurídica* habrá donde no existe la *libertad psicológica*? Y si no existe el derecho porque no existen *deberes morales*, y no existiendo deberes morales no hay *derechos innatos* que sean medios para cumplirlos, y no existiendo derechos naturales, no puede haber *derechos adquiridos* que sobre ellos se funden, no existe tampoco el *vínculo jurídico*. De modo que, negado así el vínculo religioso, procede negar y se niega el vínculo moral, y negado el vínculo moral, hay que negar el vínculo jurídico; y entonces, ¿qué quedará? Quedará *la fuerza externa* del Estado; y esa coacción del Estado, del poder público, ¿podrá bastar para congregarse á las gentes? No. ¿En qué vais á fundar ese poder? Aparte de que las sociedades humanas, por ser racionales, son antes las *zoz espirituales y morales* que ligan las inteligencias y las voluntades, que no fuerzas materiales que ligen los cuerpos, aparte de todo eso, ¿en dónde se fundará ese poder material del Es-

tado? ¿En qué base se había de sustentar? En una de estas dos: en la *voluntad* ó en el *interés*.

Pero divididas por creencias religiosas, divididas por prácticas y por creencias morales, divididas por los principios jurídicos, las voluntades ya no son una sola *voluntad colectiva* y no pueden servir tampoco ni aun de efímera base al Poder. Y entonces, ¿le fundaréis en el *interés*? ¡Ah!, el interés no une, el interés material separa; cada pasión tiene el suyo. Fijaos en las clases de la sociedad actual: ¿cuál es el interés material del patrono? Producir mucho y gastar poco. ¿Cuál es el interés material del obrero? Será trabajar poco y cobrar el mayor salario posible. Decidme cuál es el interés del comerciante. Será vender caro y comprar barato, y no será ese ciertamente el interés del consumidor, sino que el de éste estará en frente del de aquél. Es que los intereses materiales, si no se someten al imperio de un interés moral, si sobre las clases no existe el imperio de un derecho y de un deber, los intereses son lanzas que chocan unas contra otras, impulsadas por distintos egoísmos; y entonces por estar proscripta la ley de la caridad que habría establecido el imperio del deber sobre la concupiscencia, de la voluntad recta imantada hacia el bien sobre los apetitos y las pasiones no queda ya más que la *lucha animal*, la *lucha por la existencia*. (*Aplausos*.) Y esa lucha animal ya no podrán templarla ni siquiera la cooperación ni la asociación, porque la asociación y la cooperación ya no existirán, ni serán posibles allí donde el egoísmo reine, la sociedad se habrá convertido en una especie de museo zoológico, en una variedad zoológica y animal que reclame la selva y como conclusión definitiva, de la negación del vínculo religioso, del vínculo moral, del vínculo jurídico, del Poder, asesinado por falta de base, no quedará más que la ignominia de un verdadero *bestialismo*, pero sin el instinto invariable de las bestias con lo cual podrán constituir hipódromos de esta clase de doctrinas, pero de ningún modo sociedades de seres racionales. (*Grandes aplausos*.)

### El ideal católico y el problema social.

Cuando del campo del radicalismo se levanta una voz airada contra nosotros y en nombre del progreso y de la civilización se trata de arrojarnos de esta sociedad como si fuésemos momias de la Edad Media que no tenemos derecho á vivir en ella, si se piensa un poco y no se atiende sólo al ruido de las palabras, sino á lo que las palabras expresan, se ve de qué manera para trastornar los entendimientos ha tenido que trastornarse antes el lenguaje, como antes de oscurecer los espíritus se han oscurecido los vocablos y se ha llamado á la barbarie progreso y al progreso barbarie. ¿Cuál es, después de todo, el ideal católico en las sociedades? Señores, dadme un pueblo profundamente cristiano en donde los principios de la Religión católica estén en las inteligencias y en las voluntades, que estando en las voluntades y en las inteligencias estarán en las costumbres, y estando en las costum-



bres, entrarán en la vida colectiva y se traducirán en el Estado y estarán también en el Poder público; dadme, señores, un Estado en donde eso se realice, y decidme si puede darse un ideal de progreso más perfecto sobre la tierra. Entonces habrá un mismo símbolo en las inteligencias, un mismo decálogo en las voluntades; entonces el *sermón de la montaña*, extendiendo su savia benéfica sobre todos los corazones, ¿qué haría de esa sociedad más que una especie de reproducción del Paraíso sobre la tierra?

¿No veis que entonces ya no existirían ni cuestiones sociales ni siquiera políticas? Todas ellas estarían resueltas; y ved, ved una cosa que quiero haceros notar, aunque sea de pasada, porque en este momento pasa por mi mente y deseo que pase por mi palabra; el gran problema, el problema social, no se resuelve ni se resolverá por todos los medios legislativos que inventan los sofistas, los legisladores y los estadistas, aunque sean las concepciones más profundas, aunque sean las concepciones más sutiles. ¿Y sabéis por qué? Porque se parte de un principio completamente falso, de un principio completamente absurdo.

La moral, gracias á la propaganda impía, está ausentándose del cuerpo social, está negándose la moral, y se quiere que problemas que son esencial y principalmente morales se resuelvan con el derecho. El derecho no resolverá jamás lo que está fuera de su órbita: esa cuestión pertenece en gran parte al orden moral, y cuando la moral se ausenta, el derecho no puede llenar el vacío que ella deja y no puede resolver la cuestión. Por eso, señores, á la hora presente van pasando delante de la esfinge todas las escuelas y partidos individualistas, armónicos, eclécticos, socialistas, del socialismo de la cátedra y del Estado, el socialismo colectivista, marxista y crítico, el comunista, y el individualismo radical del ácrata, sin acertar con la solución del problema.

La clave fundamental del problema está en el orden moral, y ellos quieren resolverlo con el derecho. Y ¿con qué derecho? No con el natural, que parte de la moral forma, sino con el derecho meramente positivo y con un derecho contradictorio que ha venido en las últimas escuelas positivistas á identificarse con un simple hecho material ó á considerarse como un producto orgánico de la sustancia y de la forma cósmica. Con eso, que es la fuerza en último término, nada se puede resolver, y de ahí que esos Estados tan fecundos en plantear problemas sean tan miserables cuando tratan de resolverlos.

### **La democracia es mentira.—La democracia socialista contra la política.—La catástrofe social.**

Por eso estamos hoy en una situación tan extraña, tan crítica, que no es posible negarla; el que lo dudara probaría que tenía los ojos en la cara, pero nada más que ojos materiales, y cubiertos de telarañas los ojos del espíritu. No es posible negarlo ya; estamos, no diré preparados,

esperando que allá, á lo largo de los años del siglo XX, se plantee una pavorosa cuestión social que estalle en una catástrofe, no; estamos en los preludios de ella, hemos entrado en el radio de sombra que alcanza esa catástrofe, y quien no lo vea así, bien engañado vive en estos tiempos. Estamos, señores, en un periodo de transformación, no ya política, sino social; en vano los sofistas de la *democracia política* quieren continuar arrojando como si fuesen piltrafas los derechos de la Iglesia, los últimos restos de los bienes de la Iglesia, ante las fauces hambrientas de un proletariado que ellos han convertido en agente de la revolución porque le han quitado la fe del alma y la norma moral de la voluntad; en vano intentan detenerla; ya no se contentarán con apoderarse de los menguados restos de la Iglesia, ni se detendrán rugiendo ante los templos, no; en vano invocan esa palabra *democracia*, que ha trastornado tantos entendimientos y que es una de las más grandes mentiras que ha conocido la historia. Sí, mentira es la *democracia*, mentira que, como yo decía en otra ocasión, fué el invento de un malvado, que han aprovechado algunos listos para montarse sobre muchos tontos. (*Risas.*)

La *democracia*, llámese *individualista, orgánica, colectivista, directa, plebiscitaria ó representativa*, no es más que un vocablo vacío, si no es el gobierno de todos ó de los más.

Pues bien: jamás en ningún pueblo de la tierra, en cuantos ha alumbrado el sol, desde que hay noticias en la Historia, han estado en mayoría la capacidad, la cultura, la rectitud y el valor cívico necesario para aplicarlas. Señaladme una sociedad donde eso haya sucedido. Siempre han estado en minoría la capacidad, la cultura y la rectitud; y el valor y el tesón que se necesitan para defenderlos, también han estado siempre en minoría.

Y entonces, ¿en dónde han gobernado las mayorías? No han gobernado nunca; siempre han gobernado las minorías, cuando no ha gobernado un solo individuo en ellas. Si existiese una sociedad tan perfecta que estuvieran en ella en mayoría la capacidad, la cultura, la rectitud y el valor cívico; si existiera esa sociedad, que sería un milagro que la Historia no ha visto nunca, esa sociedad no duraría más que breves instantes; sería una universidad de reyes y de estadistas; y al tener noticia de ella los demás pueblos, irían á buscar allí sus gobernantes y quedaría despoblada. Por eso no ha existido ni existirá jamás la *democracia política* en la Historia.

No basta decir: «Tienes una particilla de soberanía; eres cosoberano, y con la papeleta del sufragio puedes considerarte como coautor de la ley, aun cuando no estés graduado de jurisperito, aun cuando no entienda nada de derecho, aunque no sepas la historia política de tu país, ni tengas condiciones morales ni intelectuales para regir siquiera el Municipio rural de tu pueblo. No importa nada de eso: eres soberano con esa particilla de soberanía. ¡Ya eres libre!»

Cómo la *democracia socialista* ha aprendido tan-



to, ha contestado á la democracia política: «Está bien. Acepto esa parte de soberanía; mas para que haya cierta *igualdad en su ejercicio*, quiero, no la igualdad de los derechos, que es teórica sino la igualdad económica y de condición social, que es práctica, porque entre el que tiene propiedad y el que carece de ella, como entre el acreedor y el deudor, aunque les déis los mismos derechos, por fuerza han de ejercerlos de desigual manera.» Piden, pues, la igualdad económica, y á eso no se prestan nuestros doctrinarios; y nuestros ecléticos, muy á propósito para inventar teorías en virtud de las cuales el Estado crea la persona jurídica, y se apodera de los bienes que á ella le corresponden; muy á propósito para esgrimir esa arma cuando se trata de la Iglesia, rehuyen emplearla cuando se trata de los bienes que se refieren á sus personas, ellos, que han hecho un colectivismo en beneficio de una sola clase burguesa, á la cual quería Mendi-zábal vincular el servicio de las instituciones; ellos, que desamortizaron á los más en beneficio de los menos, no aceptarán la teoría que quiere desamortizar á unos pocos en beneficio de los más, y que proclama al colectivismo.

### La herencia de estos Poderes.

Y ved, señores, cómo no teniendo armas para combatirla, y no habiendo otra cosa que darle medios para que vaya cada día en aumento la ola socialista, y para que detrás de ella se levante la ola del anarquismo, hemos llegado á un tiempo en que esos Poderes ecléticos y doctrinarios, que desgobernaron y desordenaron las sociedades, principalmente las latinas, durante todo el siglo XIX, no tienen ya más herederos naturales y legítimos que estos dos: el *socialismo* y la *anarquía*, y sabiéndolo así pactan con ellos.

Ya veis cómo. Pactan en las ciudades, en las calles y en las plazas, porque han pactado antes en las logias; van viendo que son un Estado Mayor sin ejército; miran abajo, y ven que sus masas están sujetas á una continua evolución, á una marcha incesante; pero que esa marcha no es de los que ingresan, de los que vienen, sino de los que se alejen, de los que se van.

Esas escuelas que se llaman radicales, esos partidos que á sí mismos se lo llaman también, dentro de poco no tendrán en las ciudades—en el campo no las tienen—muchedumbres que los sigan, y es que la hora de los partidos ecléticos y doctrinarios ha llegado.

### Impotencia de los doctrinarios. Conversación con Silvela.

Ahora tenemos uno en el Poder; quizás el que los representa mejor en estos últimos tiempos, en esta última etapa de esa escuela y de esos partidos. Cayó el partido liberal de la manera irrisoria á que antes aludía, y ahora vemos en la cima del Poder un partido y una escuela, que cuenta, sin duda, algunos hombres de talento; tengo que reconocer aún más; hombres de buena intención.

Pues bien; un día se sentaba cerca de mi escaño de diputado el Sr. Silvela, y hablando como de silla á silla ó de escaño á escaño, me decía: pero ¡qué antipatía tienen ustedes al régimen parlamentario! Si este régimen parlamentario es un instrumento admirable y dentro de él se pueden realizar grandes cosas. ¡Ah, si tuviera yo las masas de ustedes!, decía el Sr. Silvela. Y yo le contestaba: si usted las tuviera ya no serían las nuestras, serían masas doctrinarias y estarían pervertidas. (*Muy bien.*)

Pero, me replicaba Silvela, ¿cree usted que no puedo yo realizar desde el Poder grandes propósitos, purificar la administración, mejorar la cultura del país y hacer no sé cuantos milagros? Y yo le contesté lo que ahora diría, con la seguridad de acertar, á los representantes actuales de las escuelas doctrinarias: si usted pudiera formar un Gabinete con los siete sabios de Grecia, y el Poder armónico lo ejerciese Sócrates, y además acumulase usted sobre esa sabiduría toda la de las demás edades desde Grecia hasta nosotros, y todos ustedes poseyesen la recitud de los santos en la voluntad, fracasaría usted. ¿Por qué? ¿Y con tales elementos?, me decía sonriendo. Por una cosa muy sencilla: porque todos esos sabios y esos hombres de virtud, teniendo el régimen parlamentario, por instrumento, viviendo entre las concupiscencias y los apetitos que los partidos parlamentarios representan, y que se han hecho ya crónicos, fracasarían necesariamente con todos sus buenos propósitos, no se podrían ni mover siquiera hacia una reforma sustancial, que fuese dirigida al bien común pero perjudicial para los amigos, sin que éstos se levantasen airados contra Sócrates, contra los sabios de Grecia y contra los santos que formasen el Gabinete. (*Aplausos.*)

### La empresa de Maura. — El parlamentarismo y la espada de Bernardino. — Las clases conservadoras y las vituallas.

Tenemos ahora en el Poder al Sr. Maura; el Sr. Maura es, sin duda alguna, un hombre de gran entendimiento y de soberana elocuencia; yo no dudo de su recitud, y aunque tuviera más ciencia que todos esos sabios de Grecia y que Sócrates, yo os aseguro que fracasaría también. Figuraos que existan en él todas las virtudes cívicas, y no sólo en él, sino en todos sus compañeros de Gobierno; poned en él el más alto entendimiento, poned en él una energía de voluntad indomable, haced que se vista la recia armadura de otros tiempos, que se revista de la auto-ridad de tal manera que sacuda el polvo que esa armadura tenga, porque hace ya mucho tiempo que no se usa en España, que se la ciña bien al cuerpo, y que trate con brazo fuerte y robusto de vencer á la revolución; hasta ese punto quiero admitir que lleguen sus propósitos; que no se contente ya con ser una etapa más de estos partidos, que no se contente con hacer un alto por breves momentos para que



después, renovadas las fuerzas de los otros elementos, puedan emprender con más furia el ataque, no; yo supongo que trata hasta de dar la batalla á la revolución, que trata de luchar cuerpo á cuerpo con ella, que se ha vestido esa armadura, que se ha puesto el casco, que tiene el brazo fuerte y que va á herir á la revolución en el corazón: yo me reiría esfuerzo del atleta. ¿Por qué? Porque no es un mandoble lo que es grime, porque no es la tizona de Rodrigo de Vivar lo que empuña, porque el régimen parlamentario es un arma que no está en ningún Museo ni en ninguna armería, porque es aquella histórica espada de Bernardo, que fué asador en sus primeros años. (*Risas y aplausos.*)

Inútil será el ardimiento, inútil será la pujanza del brazo, inútil la rectitud; tendrá el motín abajo, tendrá la debilidad arriba, y á la espalda tendrá el instinto de conservación medroso ante las excitaciones y los gritos del motín, ante la bomba que estalla, ante las descargas de la calle, y tendrá que bajar del alcázar con los propósitos frustrados, y mirando entonces á la sociedad desde otro punto de vista, si tiene bastante rectitud en la voluntad y bastante grandeza en el corazón, tendrá que decir: no es allí, no es en esos alcázares, no es en esos Parlamentos donde se puede gobernar una sociedad desquiciada como la española; hay que gobernarla en otros alcázares, en otros sitios, en donde la autoridad esté incólume, en donde haya masas entusiastas que combatan, en vez de la congregación de las concupiscencias y apetitos que asaltan el presupuesto y el mando; y si les queda entonces á los conservadores bastante fuerza en la voluntad, tendrán que mirar hacia este campo en donde estamos nosotros, los que ahora llaman vencidos y postergados, pero que serán los triunfadores de mañana. (*Aplausos.*) (*El señor conde de Rodezno: No lo harán así.*)

Me dicen aquí que no lo harán. No lo dudo; pero esa ya no es cuenta mía: eso probaría que no tenían, ni tan larga la vista, ni tan levantado el corazón, que en condicional hablo; pero yo quiero conservar esa ilusión, porque creo que lo que no harían individualmente, van á tener que hacerlo colectivamente esas clases que el partido conservador momentáneamente representa. Ya sé yo que, si la lucha estuviera sólo en la montaña, y no hubiese más que una bandera política aunque detrás se encontrase la causa social y la causa religiosa, podría darse el caso de que no los empujara á nosotros ni siquiera el sentimiento religioso; que habiendo una lucha enconada entre los radicales de una parte, y los carlistas ó tradicionalistas de otra, se pondrían en medio, y en caso de sumarse á alguno de los dos bandos opuestos, se sumarían á los radicales contra nosotros.

Sin embargo, como los tiempos han variado mucho; como en los últimos quinquenios hemos andado tanto—y no, ciertamente, por el camino del progreso, sino de espaldas á él;—como hay una cuestión económica de por medio, la cuestión de la reforma de la propiedad, que toca más de cerca á los instintos de las clases conservado

ras, de esas que no se pondrían jamás la boina con tal que hubiera un Poder, aunque efímero, que les garantizase la integridad del bolsillo, tendrán, aunque sea por atrición, que juntarse con nosotros el día que todo peligro, incluso las vituallas, que es lo que más estiman ellas. (*Aplausos.*)

### Las luchas de estos tiempos.

Por eso, como llegan estos tiempos de verdadera lucha y combate, yo quiero recordar las palabras que hace poco pronunciaron el general Najera y el Sr. Salaberry, que no eran ciertamente contradictorias, sino armónicas; que no eran más que facetas diversas de un mismo brillante.

El general Nájera decía: «Aquí quedamos todavía algunos veteranos dispuestos á luchar y combatir por nuestra bandera.» Y el Sr. Salaberry añadía: «Hoy hay que combatir en el orden de las ideas y de las doctrinas; no basta combatir sólo en el orden de los hechos.» No hay la contradicción que aparentemente se descubre en estas palabras; unas y otras expresan el mismo pensamiento.

Para darse cumplida razón de ello, basta considerar que no sólo se combate en el orden de los hechos, sino también en el orden de las doctrinas; que hoy hay una serie de trincheras que se llaman Prensa, cátedra, mitin, en las que se ventilan cuestiones que se refieren á todos los órdenes de la vida, y en todas ellas tenemos que pelear. El que lanza á la publicidad un libro que siembra la verdad en el alma de la juventud, y la fecunda y la alienta disponiéndola á la acción, ese pelea; el que escribe un artículo que hace vibrar los corazones, que estimula la voluntad y la prepara para el combate, ó infunde en los entendimientos una idea luminosa, ese combate, lucha también; el que, pistola en mano, pelea á la salida ó á la entrada de un mitin ó de un Circulo tradicionalista ó de un convento asaltado por la turba, es un soldado lo mismo que los que están en la trinchera cuando la bandera se despliega al viento y se extienden en línea de combate los batallones.

Es preciso que luchemos en todos estos órdenes, y así espero que lo hagáis, porque tengo fe en vuestro ardimiento, tan gallardamente expresado en nombre de la Juventud carlista por el señor conde del Pinar.

No hemos de decir, como decíamos en otros tiempos que pasaron (porque hay que fijarse en las transformaciones que esta sociedad está experimentando, más vertiginosas y más profundas cada día): no hemos de decir, como se decía en otros tiempos: «El día del combate, aquel día que señalen los caudillos, desplegaremos todas nuestras energías.» No; ahora las energías es necesario desplegarlas á cada momento, en cada instante; ahora, en la Prensa, en el mitin, en la plaza, en las calles, en todas partes habrá que desplegarlas con igual tesón y energía que antes se desplegaba para defenderse en las trincheras de Somorrostro y Abanto, ó para pelear en el



Bruch, en las montañas de Navarra y en los riscos de Cataluña.

Es inevitable el combate, y es preciso estar dispuestos para él, como lo están esas juventudes heroicas de Vizcaya, de Cataluña y de Navarra; es necesario que la revolución nos encuentre en todos los sitios y en todos los combates; que termine esa leyenda que se ha fabricado á última hora, y que es el mayor sarcasmo y la mayor negación de nuestra historia, la que dice que somos una legión de sacristanes, que no sabemos hacer más que gritar como mujerzuelas y escondernos en casa esperando á que pase la tormenta. ¡No! Con la pistola en la mano, demostremos que tenemos energías y corazón más grandes que aquellos que todo lo aventuran en el momento presente, porque creen que no hay más vida que la actual. Los que sabemos que no tiene el cuerpo, pero no el alma, debemos tener doble energía, porque sabemos que el que cae peleando tendrá su recompensa en otro mundo mejor; por eso hemos de tener más ardimiento, más entusiasmo en el combate y en la lucha, en la lucha que ya ha empezado, en el combate que se ha abierto hace tiempo ante nosotros, invitándonos á avanzar.

Y ahora, que una pausa, nada más que una pausa, y aun esa relativa y muy fugaz, existe en el Poder para la revolución, tened en cuenta que esto es, como si dijéramos, la última carta que se juega, el postrer cartucho que se dispara en las alturas; que el partido conservador no detendrá á la revolución, la cual seguirá en la cátedra, en la Prensa, en el mitin, en todas partes desarrollándose; que querrá contenerla materialmente en las calles, y que eso provocará el choque, el motín; provocará aquella serie de trastornos que han de dar con el Poder en tierra. Pero aprovechemos siquiera esa pequeña pausa de orden material relativo y fugaz, para que no nos coja de sorpresa y desprevenidos aquella otra revolución que viene, y que ya no se contentará con proyectos tan tímidos como el de la ley de Asociaciones, sino que presentará otros más radicales, en los que todos los derechos de la Iglesia serán cínica y descaradamente escarnecidos y negados.

Que no ha cesado, no, el movimiento de las logias en Europa; hace altos, tiene etapas en que parece guardar silencio un momento, pero es para cobrar nuevas fuerzas y emprender la marcha con más bríos. Y pues eso ha de suceder, sería de ánimos apocados, sería torpeza inaudita volver á dormirse; después de haber sacudido un poco la indolencia, después de habernos erguido y despertado del letargo en que vivimos, volver á dormirnos sería caer en la impotencia y en la inercia.

¿Qué? Diremos: ¿ya que no hay ley de Asociaciones, no haya más manifestaciones católicas? Ya que no hay peligro inmediato en el Poder, ¿nos replegaremos otra vez en nuestra tienda á descansar sobre la blanda almohada de la comodidad, en donde tanto gustan de reclinar la cabeza los que rehuyen toda suerte de combates?

## ¡Arriba los corazones!

Señores, hay dos cosas que hacer: huir de los pesimismo y pensar que después de la catástrofe social que llega habrá un mundo nuevo, habrá una aurora resplandeciente, que ha de llevarnos á una sociedad restaurada; y que cuanto más resistencia oponamos á la revolución, la revolución será menor; que no será igual la catástrofe en todas partes, porque variará según la resistencia social que encuentre. Si la resistencia social es mucha, la revolución social será pequeña y la restauración será fácil. Tengamos puesta la vista en esa ciudad que llega; y entonces, el día en que sintamos sobre las hojas secas de la selva los pasos acelerados de la manada de los tigres y de leopardos de la anarquía; en cada grieta, en cada arista de la roca, entre las ramas entrelazadas, habrá fusiles que descarguen fuego sobre aquellos que representan el trastorno del orden social, como la suprema fórmula del derecho, que se levanta airado para ametrallar á la barbarie.

Cuando eso suceda no estaremos inermes, estaremos prevenidos; á tiempo lo decimos, que se sepa; y hemos de procurar que cuando ese momento llegue, por el deber que hemos contraído y que ha sellado con sangre en el campo de batalla tres veces, nuestra Comunión, hemos de ir, como el R... dice, á la vanguardia en esta protesta viril, y debemos presentar el pecho delante de todos y que nuestra bandera vaya desplegada la primera; y al ir la primera llevará las demás detrás, y esas banderas tendrán que replegarse y reconocer como única enseña aquella que va delante de todas, en la vanguardia de los combates y en la lucha contra la revolución. (*Aplausos.*)

Hagámoslo así; estemos prevenidos; aprovechemos esta pausa fugaz, que no se refiere más que al orden material. (*Muy bien.*)

Y á esa gloriosa juventud, que he admirado en Cataluña y en Navarra, ¿qué he de decirle? Que ese ideal cristiano, ese ideal de la sociedad española, el que simboliza y representa todas nuestras tradiciones, le tengan siempre delante de los ojos, como su estandarte; que cada uno se considere como si fuera el abanderado que le lleva y que tiene la obligación de envolverse con él, como en un sudario, y no entregarle al enemigo más que cuando el enemigo pase sobre su cadáver. Hacedlo así; tened esto presente, y no os importe que, por las circunstancias y por los tiempos adversos que atravesamos os quedéis sin bienes de fortuna y tengáis que dar libelo repudio á todas las alegrías y á todos los beneficios del Poder. ¿Qué os importa que seáis mendigos? Con tal que sea alto el ideal y el esfuerzo para conseguirlo, no importa que se abata la riqueza y que seamos mendigos, que si los mendigos son caballeros, no importa que los caballeros sean mendigos. (*Aplausos.*)

Y fijos los ojos en ese ideal, luchando en toda clase de combates, adiestrándonos para la pelea, renunciando á todo aquello que pueda ser división, que pueda engendrar orgullo y vanidades



que dividen, poniendo por delante siempre la abnegación y el sacrificio, y postergando y maldiciendo todo lo que signifique egoísmo y ambición, nosotros no debemos tener más que una: la de ser los primeros en el camino del sacrificio y los últimos en el de la recompensa. (*Aplausos.*)

Cuando eso tengamos en el corazón y en la voluntad, cuando adiestrados así para el combate veamos que una nube sombría se levanta en el horizonte, y que al fin el rayo de la revolución estalla y cae sobre los alcázares y sobre las cimas más altas; cuando veamos consternadas á las clases sociales, chocando unas con otras; cuando parezca que hasta las cordilleras cambian de asiento y los valles se levantan á las cumbres y las cumbres se abaten hasta los valles; cuando veamos que la sociedad entera es como un cráter que lanza humo y llamas y todas las gentes estén espantadas creyendo que empieza una época milenaria en que la tierra va á desaparecer y se

va á desgajar el planeta, nosotros, que sabemos que nuestra Causa, por ser de Dios, no ha de perecer, fijos los ojos en la bandera, seremos los únicos serenos entre todo lo que zozobra, los únicos tranquilos entre todo lo que pelagra y como un grito que nace del corazón, como un deseo ahora, como un grito después, diremos al Caudillo, por el cual brindo: Señor, dinos una palabra de aliento; que no venga nunca, nunca, del palacio del destierro una palabra que pueda enervarnos. Ya sé que no viene nunca; pero queremos que vengan palabras de aliento, palabras de lucha, palabras de combate; y en el momento supremo en que la sociedad vacile sobre sus cimientos, añadiremos: Señor: la hora de Dios ha llegado ya; te da cita la Historia; arriba los corazones y los hombres para salvar una sociedad que se desploma. (*Grandes y prolongados aplausos. Ovación indescriptible.*)



